



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



los ríos profundos
Clásicos

La vida inútil de Pito Pérez

JOSÉ RUBÉN ROMERO

La vida inútil de Pito Pérez

Antigua librería Robredo, México, 1944

© José Rubén Romero

© Fundación Editorial el perro y la rana, 2007

Av. Panteón, Foro Libertador, Edif. Archivo General
de la Nación, P.B. Caracas-Venezuela 1010

TELEFS.: (58-0212) 5642469 - 8084492/4986/4165

TELEFAX: 5641411

CORREO ELECTRÓNICO:

elperroylaranaediciones@gmail.com

EDICIÓN AL CUIDADO DE

Coral Pérez

TRANSCRIPCIÓN

Jairo Noriega

CORRECCIÓN

Ybory Bermúdez

Carlos Ávila

DIAGRAMACIÓN

Mónica Piscitelli

MONTAJE DE PORTADA

Francisco Contreras

DISEÑO DE PORTADA

Carlos Zerpa

ISBN 978-980-396-641-6

LF 40220078003458

La *Colección Los ríos profundos*, haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie *Clásicos* concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y *Contemporáneos* reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

Fundación Editorial



el perroy la rana

No tengo fijo lugar
donde morir y nacer,
y ando siempre sin saber
dónde tengo que parar.

CALDERÓN DE LA BARCA

*“¡Pobrecito del Diablo,
qué lástima le tengo!”*

PITO PÉREZ

La silueta oscura de un hombre recortaba el arco luminoso del campanario. Era Pito Pérez, absorto en la contemplación del paisaje.

Sus grandes zapatones rotos hacían muecas de dolor; su pantalón parecía confeccionado con telarañas, y su chaqueta, abrochada con un alfiler de seguridad, pedía socorro por todas las abiertas costuras sin que sus gritos lograran la conmiseración de las gentes. Un viejo “carrete” de paja nimbaba de oro la cabeza de Pito Pérez.

Debajo de tan miserable vestidura el cuerpo, aun más miserable, mostraba sus pellejos descoloridos; y el rostro, pálido y enjuto, parecía el de un asceta consumido por los ayunos y las vigili-
as.

—¿Qué hace usted en la torre, Pito Pérez?

—Vine a pescar recuerdos con el cebo del paisaje.

—Pues yo vengo a forjar imágenes en la fragua del crepúsculo.

—¿Le hago a usted mala obra?

—Hombre, no. ¿Y yo a usted?

—Tampoco. Subimos a la torre con fines diversos, y cada quien, por su lado, conseguirá su intento: usted, el poeta, apartarse de la tierra el tiempo necesario para cazar los consonantes —catorce avechillas temblorosas— de un soneto. Yo, acercarme más a mi pueblo, para recogerlo con los ojos antes de dejarlo, quizá para siempre; para llevarme en la memoria todos sus rincones; sus calles, sus huertas, sus cerros. ¡Acaso nunca más vuelva a mirarlos!

—¿Otra vez a peregrinar, Pito Pérez?

—¡Qué quiere usted que haga! Soy un pito inquieto que no encontrará jamás acomodo. Y no es que quiera irme; palabra.

Me resisto a dejar esta tierra que, al fin de cuentas, es muy mía. ¡Oh, las carnitas de canuto! ¡Oh, el menudo de la tía “Susa”! ¡Oh, las “tortas de coco” de Lino, el panadero! Pero acabo de dar fin a una larga y azarosa borrachera, y mis parientes quieren descansar de mi persona, lo mismo que todo el pueblo. Cada detalle me lo demuestra: en las tiendas ya no quieren fiarme; los amigos no me invitan a sus reuniones, y el Presidente Municipal me trata como si fuera el peor de los criminales. ¿Por qué cree usted que me dobló la condena que acabo de cumplir? Pues porque le hice una inocente reflexión, a la hora de la consigna. Él dijo su sentencia salomónica: para Pito Pérez, por escandaloso y borracho, diez pesos de multa, o treinta días de prisión, a lo que yo contesté con toda urbanidad: pero, señor Presidente, ¿qué va usted a hacer con el Pito adentro tantos días? El señor Presidente me disparó toda la artillería de su autoridad, condenándome a limpiar el retrete de los presos durante tres noches consecutivas. ¿No ha observado usted que la profesión de déspota es más fácil que la de médico o la de abogado? Primer año: ciclo de promesas, sonrisas y cortesía para los electores; segundo año: liquidación de viejas amistades para evitar que con su presencia recuerden el pasado, y creación de un Supremo Consejo de Lambiscones; tercer año: curso completo de egolatría y megalomanía; cuarto y último año: preponderancia de la opinión personal y arbitrariedades a toda orquesta. A los cuatro años el título comienza a hacerse odioso, sin que universidad alguna ose revalidarlo.

—Es usted inteligente, Pito Pérez, y apenas se concibe cómo malgasta usted su vida bebiendo y censurando a los demás.

—Yo soy amigo de la verdad, y si me embriago es nada más que para sentirme con ánimos de decirla: ya sabe usted que los muchachos y los borrachos... Agregue usted a esto que odio las castas privilegiadas.

—Venga, siéntese usted, y vamos a platicar como buenos amigos.

—De acuerdo. Nuestra conversación podría titularse: Diálogo entre un poeta y un loco.

Nos sentamos al borde del campanario, con las piernas colgando hacia fuera. Mis zapatos nuevos junto a los de Pito Pérez brillaban con su necio orgullo de ricos, tanto, que Pito los miró con desdén y yo sentí el reproche de aquella mirada. Nuestros pies eran el compendio de todo un mundo social, lleno de injusticias y desigualdades.

—¿Por qué dijo usted que nuestra conversación sería el diálogo entre un poeta y un loco?

—Porque usted presume de poeta y a mí me tienen por loco de remate en el pueblo. Aseguran que falta un tornillo a toda mi familia. ¡Qué barbaridad! Dicen que mis hermanas Herlinda y María padecen locura mística y que por eso no salen de la iglesia; afirman las gentes que Concha está tocada porque pasa los días enseñando a los perros callejeros a sentarse en las patas traseras y a un gato barcino que tiene, a comer en la mesa con la pulcritud de un caballero; Josefa se tiró de cabeza a un pozo dizque porque estaba loca; y Dolores se enamoró de un cirquero por la misma causa, según la infalibilidad de esos Santos Padres que andan por allí sueltos: Joaquín, el sacerdote, no quiere confesar a las beatas, porque está loco, y yo me emborracho, canto, lloro y voy por las calles con el vestido hecho jirones ¡porque estoy loco! ¡Qué lógica tan imbécil! Locos son los que viven sin voluntad de vivir, tan sólo por temor a la muerte, locas las que pretenden matar sus sentimientos y por el qué dirán no huyen con un cirquero; locos los que martirizan a los animales en lugar de enseñarles a amar a los hombres —¿no es cierto, hermano de Asís?—; locos los que se arrodillan delante de un ente igual a ellos, que masculla latín y viste sotana, para contarle cosas sucias, como esas lavanderas que bajan al río todos los sábados, a lavar su camisa, a sabiendas de que a la siguiente semana volverán a lo mismo porque no tienen otra que ponerse, y más locos que yo los que no ríen, ni lloran, ni beben porque son esclavos de inútiles respetos sociales. Prefiero a mi familia de chiflados y no a ese rebaño de hipócritas que me ven como animal raro porque no duermo en su majada, ni balo al unísono de los otros.

—Pero una cosa es que algunos lo juzguen loco y otra que usted viva haciendo extravagancias —y perdone que se lo diga

con tanta franqueza— sin que le importe su buena fama. ¿Para qué le sirve su inteligencia?

—¡Qué inteligencia ni qué demontre! Lo cierto —y usted no lo creerá— es que soy un desgraciado. Mi mala suerte me persigue desde que nací y todo lo que emprendo me sale al revés de como yo lo he deseado. Pero no vaya usted a pensar que por eso bebo; me emborracho porque me gusta, y nada más. Si tengo ¹⁶ algún talento, lo aplico en encontrar los medios para que la bebida me resulte de balde, y así obtengo un doble placer. ¡Cómo gocé durante aquellos días en que me bebí un barril entero de catalán en la tienda de los Flores, sin que ellos se dieran cuenta de mi maña! Le voy a contar a usted cómo lo hice, por si algún día quiere aprovecharse de mi truco:

En la tienda de los Flores los barriles del vino servían de respaldo a las sillas de los visitantes. En calidad de tal, llegaba yo todas las noches y tomaba asiento, muy en mi juicio, cerca de uno de los barriles. Después de un rato de charla me ponía en pie con grandes dificultades y hablando entre dientes. “¡Pero este Pito Pérez cómo se emborrachará! —comentaban, noche a noche, los dueños de la tienda. Llega en sus cabales y se va siempre en cuatro patas”. Y era verdad. A gatas tenía que atravesar las bocacalles para no perder el rumbo de mi casa, unas veces maullando como gato, y otras, ladrando como perro, de modo tan real, que los auténticos animales me seguían pretendiendo jugar conmigo. El secreto de mis borracheras era éste: Con un tirabuzón logré hacer un agujero en la tapa de uno de los barriles y por allí introduje una tripa de irrigador que, pasando por dentro de mi chaqueta, llevaba a mi boca el consuelo de tan sabroso líquido que, de tanto chupar, se liquidó también para siempre. Con un pegote de cera de Campeche disimulaba la existencia del agujero. (Lástima que otros no puedan disimularse lo mismo). El vicio del vino es terrible, amigo, y el borracho, por principio de cuentas, necesita perder el pudor. Cuesta trabajo perderlo, pero cuando uno lo pierde, qué descansado se queda, como dicen que dijo uno de los sinvergüenzas más famoso de México.

—Cuénteme cosas de su vida, Pito Pérez.

—No puedo ahora, porque tengo que acudir a la cita de un amigo que me ofreció regalarme con unas copas; sería un sacrilegio desaprovechar tan rica ocasión.

—Vamos a cerrar un trato: venga usted todas las tardes, y yo le pagaré su conversación, al bajar de la torre, con una botella.

—¿De lo que yo elija? ¿De coñac? ¿De champaña?... Pero no se asuste; esas bebidas son para ricos desnaturalizados que no sienten amor por nuestra patria. Imagino que los que toman esas cosas son como aquellos mexicanos que fueron a Europa a traerse a un príncipe rubio como el champaña.

Hay que gastar de lo que el país produce: hombres morenos, como Juárez, para que nos gobiernen; y para beber, tequila, charanda o aguardiente de Puruarán, hijo de caña de azúcar, que es tan noble como la uva. Le aseguro que si en la misa se consagrara con aguardiente de caña, los curas serían más humildes y más dulces con su rebaño.

—Bueno, es usted tan pintoresco que le pago cada hora de conversación con una botella de ese aguardiente de Puruarán que usted exalta tanto. ¡Así somos los hombres de malos: ofrecemos un aperitivo a un hambriento, pero nunca una pieza de pan!

—¿Y usted piensa que va a divertirse oyéndome, y que mi vida es un mosaico de gracias o una cajita de música que toca solamente aires alegres? Mi vida es triste como la de todos los truhanes, pero tanto he visto a las gentes reír de mi dolor, que he acabado por sonreír yo también, pensando que mis penas no serán tan amargas, puesto que producen en los demás algún regocijo. Me voy en busca de mi generoso copero, porque yo nunca faltó a mi palabra de beber a costa ajena. Mañana le tocará a usted su turno, de acuerdo con lo estipulado.

Y Pito Pérez desapareció por el caracol de la torre, como un centavo mugroso por la hendidura de una alcancía.

Pito Pérez llegó a nuestra cita, con exactitud cronométrica. Su porte era el mismo del día anterior, luciendo además, un cuello postizo, de celuloide, una corbata de plastrón, que semejaba nido despanzurrado, y un clavel rojo en el ojal, como mancha de sangre sobre la sucia chaqueta.

El sol parecía también un clavel reventón prendido en la mantilla de encajes del firmamento.

—Viene usted muy elegante, Pito Pérez.

—¡En qué forma! Ni mi madre me reconocería. Lo malo está en que no armoniza el terno con el color de los zapatos, y en que el sombrero me viene chico porque el difunto era menos cabezón que yo.

Nombré a mi madre y comenzaremos por ella la narración que usted me ha pedido y que creo completamente inútil. Mi madre fue una santa que se desvivió por hacer el bien. Ella pasaba las noches en claro velando enfermos, como una hermana de la Caridad; ella nos quitaba el pan de la boca para ofrecerlo al más pobre; sus manos parecían de seda para amortajar difuntos, y cuando yo nací, otro niño de la vecindad se quedó sin madre, y la mía le brindó sus pechos generosos. El niño advenedizo se crió fuerte y robusto, en tanto que yo aparecía débil y enfermo porque la leche no alcanzaba para los dos. Este fue mi primer infortunio y el caso se ha repetido a través de toda mi existencia. Crecí al mismo tiempo que mis hermanos, pero como no había recursos para costearnos carrera a los tres, ni becas para todos, prefirieron a los dos mayores; de modo que Joaquín fue al Seminario y Francisco a San Nicolás, porque mi madre quería tener sacerdote y abogado. El uno para que nos tuviera bienquistos de tejas arriba, y el otro para que nos defendiera de tejas abajo. Para mí eligieron un oficio que

participara de las dos profesiones y me hicieron acólito de la parroquia. Así vestiría sotana, como el cura, y manejaría dineros como el abogado, porque los acólitos son como los albaceas de los santos, ya que en sus manos naufragan las limosnas que se colectan a la hora de los oficios divinos. En mis funciones eclesiásticas fui cumplido y respetuoso con los curas de la iglesia. Jamás di la espalda, irreverentemente, al altar en que Nuestro Amo estaba manifiesto; nunca eché semillas de chile al incensario, para hacer llorar al celebrante y a los devotos que se le acercaban; ni me oriné por los rincones de la sacristía, como los demás acólitos.

19

A la hora de las comidas, las gentes me veían pasar, rumbo a mi casa, vestido con la sotana roja, y comentaban emocionadas:

“¡Ah, qué buen muchacho este de doña Conchita Gaona, tan piadoso y tan seriecito!”

¿Y sabe usted por qué no me apeaba mi vestido de acólito?, pues porque no tenía pantalones que ponerme y con las faldillas de la sotana cubría mis desnudeces hasta los tobillos. Así aprendí que los hábitos sirven para ocultar muchas cosas que a la luz del día son inmorales.

Un tal Melquiades Ruiz, apodado San Dimas, era mi compañero de oficio y, además, mi mentor de picardías.

Primero me enseñó a fumar hasta en el interior del templo, y después a beberme el vino de las vinajeras. Decíanle San Dimas, no porque fuera devoto del Buen Ladrón, sino por lo bueno de ladrón que era. El muy taimado se pasaba la vida quemándose las asentaderas con las brasas del incensario, y cuando yo protestaba, me decía:

“Hermano Pito, el dolor es una penitencia por la cual tus quemaduras te acercan al Señor; yo soy la justicia divina que castiga tu lado flaco.”

“¡Pero fíjate en que es mi lado gordo el que me chamuscas, grandísimo pendejo!”

Cierta vez vimos que un ranchero rico, de Turiran, echó en el cepillo del Señor del Prendimiento una moneda de a peso, después de rezar largamente, en acción de gracia, porque en sus tierras no había helado.

“Mira, Pito —me dijo San Dimas—, qué suerte tiene el Señor del Prendimiento y con cuánto desdén recibe las dádivas de sus fieles para que luego el señor cura las gaste en su propio provecho. Ya oíste que quiere hacer un viaje a Morelia para comprarse, con todo lo que caiga de limosnas en estos días, un mueble de bejuco. ¿Qué te parece si nosotros madrugamos al cura y le damos su llegón a la alcancía?”

20 San Dimas me convenció sin mucho esfuerzo. Él tenía cierto dominio sobre mí, por ser de mayor edad que yo y por sus ojos saltones que parecían de iluminado. Agregue usted a esto que mis teorías sobre la propiedad privada nunca fueron muy estrictas, y mucho menos tratándose de bienes terrenos de los santos, que siempre me imaginé muy indulgentes con los menesterosos y, además, sin personalidad legal reconocida para acusar a los hombres ante los tribunales del fuero común.

—¿Y la conciencia, Pito Pérez?

—La tengo arrinconada en la covacha de los chismes inútiles.

—A la mañana siguiente ambos monaguillos llegamos al templo cuando apenas clareaba el alba, y mientras San Dimas encendía las velas del altar mayor para la primera misa y vigilaba la puerta de la sacristía, encamineme de puntillas hasta donde estaba el Señor del Prendimiento, y sacando un cuchillo mocho que llevaba prevenido debajo de la sotana, levanté con él la tapa de la alcancía, metiendo en ella, con mucho miedo, ambas manos. Entre las monedas de cobre, las de plata abrían tamaños ojos, asustadas, como doncellas sorprendidas en cueros por una banda de salteadores.

“¡Chist!”, me hizo San Dimas desde el altar mayor al oír tintinear los centavos, y yo me asusté tanto que vi claramente al Señor del Prendimiento que hacía ademán como para atraparme. En un colorado paliacate vacié el dinero y, apresurado y tembloroso, se lo entregué a San Dimas, que salió de la iglesia como alma que se lleva el Diablo.

Entró Nazario, el sacristán, y me dijo:

—Muévete, Pito, que ya se está revistiendo el padre para la misa.

Yo me dirigí a la sacristía mirando cómo llegaban al templo las primeras beatas, acomodándose en las tarimas de los confesionarios, para reconciliar culpas de la noche anterior.

El padre Coscorrón estaba revistiéndose y sólo le faltaba embrocarse la negra y galoneada casulla de las celebraciones de difuntos.

Los monaguillos decíamosle el padre Coscorrón, por su carácter iracundo y por lo seguido que vapuleaba nuestras pobres cabezas con sus dedos amarillos y nudosos como cañas de carrizo.

Salimos, pues, a celebrar el santo sacrificio, el padre con los ojos bajos, pero a cuya inquisición nada se escapaba, y yo, de ayudante, con el misal sobre el pecho, muy devotamente y orejeando para todas partes, atento a notar si se había descubierto el hurto. El padre parecía una capitular de oro; yo, junto a él, una insignificante minúscula impresa en tinta roja.

Cavilando en mi delito, olvidábanseme las respuestas de la misa, y para que no lo notara el padre, hacía yo una boruca tan incomprensible como el latín de algunos clérigos de misa y olla. Al cambio del misal para las últimas oraciones, miré de soslayo hacia el Señor del Prendimiento y vi que el sacristán hablaba acaloradamente en medio de un grupo de beatas, que observaban con atención el cepo vacío. La mañana nos había traicionado con su luz cobarde, y cuando entramos a la sacristía, Nazario salió a nuestro encuentro y dijo con voz tan agitada como si anunciara un terremoto:

—¡Robaron al Señor del Prendimiento!

—¿Qué dices, Nazario? ¿Se llevaron el santo?

—No, señor, ¡que se llevaron el santo dinero de su alcancía!

—¿En dónde está San Dimas? —gritó el padre Coscorrón clavándome los ojos, como si quisiera horadar mi pensamiento; y tirando el cingulo y la estola, me llevó a empellones hasta un rincón de la sacristía.

—Pito Pérez, ponte de rodillas y reza el Yo pecador para confesarte: ¿Quién se robó el dinero de Nuestro Señor?

—No sé, padre.

—*Hic et nunc* te condeno si no me dices quién es el ladrón...

—Yo fui, Padre —exclamé con un tono angustiado, temeroso de aquellas palabras en latín que no entendía, y que por lo mismo parecieronme formidables.

El cura agarró con sus dedos de alambre una de mis orejas, que poco faltó para que se desprendiera de su sitio y, zarandeándome despiadadamente, me dijo:

22 —¡Fuera de aquí, fariseo, sinvergüenza, Pito cochambрудо, y devuelve inmediatamente el dinero, si no quieres consumirte en los apretados infiernos!

Cuando el padre Coscorrón aflojó un poco los dedos, di la estampida y no paré hasta el corral de mi casa. No volví a ver a San Dimas, que se quedó con lo robado, y todo el pueblo supo nuestra hazaña porque el padre Coscorrón se encargó de pregonarla desde el púlpito:

—Dos Judas traidores robaron el templo; por caridad yo no diré quienes son, pero uno es conocido por San Dimas, y al otro le dicen Pito Pérez.

Nos acomodaron versos, mal hechos, por cierto, y peor intencionados:

A Dimas le dijo Gestas:

¡qué pendejadas son éstas!

Y al Pito le dijo Dimas:

te... tizno si no te arrimas.

Y volaron al momento

las limosnas que tenía

en su sagrada alcancía

el Señor del Prendimiento.

Lo más triste del caso fue que San Dimas pudo volver a la parroquia, rehabilitado por mi confesión. Él se quedó con el santo y la limosna, como dice el viejo refrán; en cambio, yo cargué con el desprestigio, y como único recuerdo de mi vida de acólito, me quedé con la sotana roja, chorreada de cera y llena de las quemaduras que le hicieron las chispas del incensario.

—Pito Pérez, nadie sabe para quién trabaja; ese San Dimas debe haber pensado que ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón, y que el que va por lana sale trasquilado.

—No me diga usted más refranes, que cada uno de ellos puede servir de epígrafe a los capítulos de mi vida. Y me voy porque ya tengo el gaznate seco. Venga, pues, el importe de la botella, que hoy lo tengo bien ganado...

24 —¿Por qué le dicen Pito Pérez? Créame usted que aún no me entero.

—Este apodo no tiene la malicia que las gentes imaginan, y va usted a saber su origen:

Como todos los niños pobres, yo no tuve juguetes costosos ni diversiones presumidas. Mi madre me tenía muy sujeto y no me dejaba salir a la calle por miedo de que me perdiera, en el recto sentido de la palabra. ¡Mire usted que si la pobre levantara ahora la cabeza! Así es que, relegado en el corral de mi casa, pasaba los días riñendo con mis hermanas, o haciendo pequeños hornos de tierra en los que cocía panes de lodo. Mis manos fabricaban con mucha habilidad chilindrinas rociadas de arena, roscas de barro, empanadas rellenas de pasajo, que a Concha mi hermana tocábale consumir so pena de acusarla con mi madre de ciertos coqueteos con el hijo de don Zenón, el sordo.

Dediqué mis largos ocios a labrar con navaja un pito de carrizo, al que, a fuerza de paciencia y de saliva, logré arrancarle primero unas notas destempladas, y después de muchos trabajos, las canciones en boga por aquellos rumbos.

Se desesperaban los vecinos escuchando mis largos conciertos de trémolos, arpegios, fermatas y trinos; tenía pito para levantarse, pito para comer y pito para la hora de acostarse, a tal extremo, que protestaban y gritaban pidiendo misericordia:

—¡Doña Herlinda, silencie ese pito!

—¡Que se calle ese pito!

Y Pito me pusieron de apodo, sin que me hayan lastimado con el sobrenombre.

Después de mi aventura por los dineros del Señor del Prendimiento, me dediqué con más ahínco a la flautita porque mi

madre Herlinda, avergonzada por el pregón del cura, prohibiome terminantemente salir a la calle.

Pasaba la vida sentado en el brocal del pozo, como un encantador de serpientes, haciendo bailar, al compás de la música, mis tristes y aburridos pensamientos. Pero llegó un día en que cansado de aquella cárcel, quise emprender el vuelo; y al obscurecer de un jueves salí de mi casa diciendo a mi familia que me iba a rezar la Hora Santa.

Sin una muda de repuesto, sin sombrero, sin planes para el porvenir, con un capital de diez centavos en la bolsa, subí a toda prisa por la calzada de las Tenerías, y al llegar a la cerca del Cerrito, me detuve para tomar alientos y para cerciorarme de que nadie me seguía.

El pueblo alargaba sus calles blancas, como si quisiera retenerme con sus brazos amorosos; pero el camino, lleno de misterio, me atraía.

¡Adiós, Santa Clara del Cobre, que me viste nacer y crecer, humillado y triste! Volveré a ti vencedor, y tus campanas se echarán a vuelo para recibirme.

—¿Y a dónde fue usted a parar, Pito Pérez?

—A Tecario, al amanecer del siguiente día, cansado, muriéndome de hambre y de frío. Así me acerqué a la plaza en busca de algo qué comer y de algún sitio en donde calentarme. Mirándome pasar por las calles a tan temprana hora y sin sombrero, las gentes debieron figurarse que yo era de algún rancho inmediato.

En un portal pequeño unas mujeres vendían tazas de café y hojas de naranjo con sus buenos chorros de aguardiente. La primera que tomé me hizo entrar en reacción, y a la segunda, olvidé que andaba huido de la casa paterna y fortalecióse mi ánimo para seguir adelante como descubridor de un nuevo mundo. Apenas unas cuantas leguas me separaban de mi pueblo y ya pensaba que había realizado una proeza digna de los grandes conquistadores: Julio César + Hernán Cortés = Pito Pérez. A la tercera taza, mi capital exhaló el último suspiro, pero mi fantasía encendió sus primeras luces. Desde el banco en donde me encontraba sentado, veía

un comercio grande, muy surtido, quizá el mejor del pueblo, atestado de marchantes en aquella primera hora de la mañana. Dos o tres dependientes, en mangas de camisa, atendían a los parroquianos, y un viejo calvo, ganchudo como alcayata, tal vez el dueño del negocio, escribía ensimismado sobre un libro de cuentas. En lo más alto de las armazones de la tienda, con sus faldas amponas y azules, alineábanse grandes pilones de azúcar, ostentando orgullosos su marca de fábrica: *Hacienda del Cahulote*.

Me vino la idea de apoderarme, por medio de un ardid atrevido, de una de aquellas codiciadas pirámides. Entré al comercio, y dirigiéndome a uno de los dependientes, le pedí un centavo de canela. ¡Mi única moneda superviviente!

Cuando tuve la raja en la mano acerqueme al dueño del comercio, y enseñándole mi compra le pedí por favor, poniendo cara de perro humilde, un piloncito de azúcar.

—Que te lo den —contestó el viejo. Fui al otro extremo del mostrador y con tono garboso dije a otro de los dependientes:

—Dice el amo que me dé un pilón de azúcar —apuntando con el dedo uno de los panes que moraban cerca del techo. El dependiente, desconfiado, preguntó en voz alta a su jefe:

—¿Se le da un pilón de azúcar a este muchacho?

A lo que el viejo contestó afirmativamente, sin levantar los ojos del libro y creyendo que se trataba de un piloncito con qué endulzar una taza de canela.

El dependiente bajó el pan de azúcar y yo salí con él en brazos, acariciándolo cariñosamente, y me alejé de la tienda a toda prisa. Esta fue la primera contribución que impuse a los tontos y mi entrada triunfal al país de los borrachos, porque las tazas que empiné, cargadas de aguardientes, me hicieron el efecto de un sol esplendoroso. Desde entonces, por mi boca habla el espíritu... del vino y, como los profetas de la antigüedad, paso la vida iluminado.

—Se queja usted de su mala estrella, y, sin embargo, el robo del pilón de azúcar no le salió mal.

—Es que no fue robo, sino un préstamo obtenido con la venia de Dios. Yo no me quedo nunca con nada de nadie, sin

elevanto antes una solicitud mental al Supremo Creador de todas las cosas y, por tanto, dueño absoluto de cuanto existe. Si el Señor está conforme con mi ruego, permite que yo me lleve el objeto que necesito, y si no lo está, pone en guardia a su poseedor accidental y éste evita, en la forma que más le place, que yo consuma mis propósitos.

—Pito Pérez, ¡es usted grandioso!

—Gracioso querrá usted decir, porque vivo y bebo de pura gracia. Pero no tengo mucha confianza en mi sistema, porque sé de sobra que lo que la vida obsequia con una mano, lo quita con la otra.

En un tendajón de las orillas de Tecario vendí el pan de azúcar, y seguí adelante, temeroso de que algún policía amargara con su presencia tanta dulzura.

Con el pito en la boca pasé por los caminos, por las veredas, por los atajos de los montes, soñando —¡ilusio!— que enseñaría a cantar a los pájaros pero los pájaros volaban asustados al oír aquellos sonos broncos de mi flauta de carrizo, y como una protesta prendían sus trinos en las ramas de todos los árboles. ¿Qué cantarán los pájaros? ¿Qué romanza divina, sin palabras, capaz de conmover el alma sorda de un borracho? ¡Espera, pajarito pasajero —decía yo a la avecilla cautelosa, mirándola esconder en lo más alto de un pino gigante—, voy a tocar el miserere de “El Trovador”, que aprendí de la música de Hilario, mientras el señor cura levantaba la hostia! Mas el pájaro tarareaba su Novena Sinfonía, y se alejaba sin hacerme caso...

Pian pianito llegué a Urapa, y en este pueblo rabón, situado ya en tierra caliente, me ofrecí como mancebo de botica.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntome el boticario.

—Jesús Pérez Gaona, para servir a usted... si es que nos arreglamos.

—¿Qué sabes hacer?

—Píldoras —contesté sin faltar a la verdad, recordando la frecuencia con que mis dedos exploraban mis fosas nasales.

—¿Y qué más? —inquirió el boticario, midiéndome con la vista.

—Jarabes medicinales patentados en el extranjero.

—Pues voy a probarte unos días —resolvió el viejo— para ver si me convienes.

Entré a servir en la botica, animado de los mejores propósitos.

28 Era el boticario hombre de unos cincuenta años; llamábase José de Jesús Jiménez y pesaba ciento treinta kilos, después de haberse sometido a cuanto régimen le recomendaron para adelgazar. Cuando entraba en la botica apenas cabía dentro de ella, y a su paso, movíanse los frascos, los tarros y los botes, como agitados por un temblor de tierra.

No dejaba su casa ni para asistir a los actos religiosos ni para concurrir a las juntas del Ayuntamiento, y era de una pereza tan peligrosa para su clientela, que hubiera sido capaz de sustituir en las recetas el jarabe de quina con la valeriana, con tal de no pararse de la silla de brazos en la que acomodaba su nalgatorio, igual que en un molde hecho a su justa medida. Como no podía tener vanidad de su cuerpo de barrica sin aros, o de su rostro, todo él convertido en papada, la tenía de haber cursado su carrera en *una de las mejores escuelas del mundo*, según pregonaba a toda hora, y a tal grado, que en el centro del rótulo de la botica, que se llamaba Farmacia de la Providencia, había un círculo con una alegoría que representaba los atributos de la medicina, y este letrero dorado:

J. de J. Jiménez.
Ex alumno de la Escuela
de Farmacia de
Guadalajara.

Ex Farmacéutico del Hospital
de San Juan de Dios.

Ex discípulo de don Próspero López.

Una mano anónima, ocultándose en las sombras de la noche, escribió debajo de tanto título, este otro:

Ex Cremento.

La mujer del boticario se llamaba Jovita Jaramillo, y por las iniciales de su nombre y las de su señor esposo, a la botica le decían en el pueblo El Cementerio de las Jotas.

Era doña Jovita una mujer como de cuarenta años, flaca y amarilla, pero de facciones correctas y con unos ojos verdes que contrastaban con el color de su piel y con el negro zaino de sus trenzas. En sus doce años de matrimonio no había tenido hijos, y esto seguramente influyó en que se agriara su carácter y en que fuera regañona hasta con su marido que, delante de ella, no alardeaba de cosa alguna.

Oí, cierta vez, que un amigo hizo alusión a la obesidad de mi amo, y él, bajando los ojos para contemplar aquella temblorosa montaña de manteca, suspiró tristemente, exclamando: ¡Hace diez años que no veo a mi Jesusito ni retratado en un espejo!

Comencé a granjearme la voluntad del matrimonio, trabajando afanosamente en cuanto me mandaban. Para proteger sus hábitos de pereza el boticario se sentaba en su silla, y abanicándose con un periódico, pasaba los días diciéndome el contenido de los frascos y la aplicación más usual de los medicamentos. No dejaba de recomendarme que en la preparación de las recetas empleara siempre las substancias similares más baratas, por ejemplo, bicarbonato de sosa en lugar de pricolita, azúcar a cambio de antipirina.

—Los médicos recetan cosas raras —decía—, sobre todo si no tienen un tanto por cierto en nuestras boticas, pero la farmacopea nos ayuda a defendernos de sus artimañas, acaso en beneficio de la humanidad puesto que, simplificando las medicinas, matamos menor número de personas. Aquí donde me ves, yo he ahorrado muchas vidas y algún dinerillo para mi regalo, haciendo pócimas de simple jarabe y píldoras de inofensivo almidón.

Aprende, Jesús, sigue honradamente mi ejemplo y gozarás de una conciencia tranquila y de una bolsa satisfecha.

Escuchando sus consejos comencé a preparar recetas caprichosas y a tomarle gusto al oficio, como el cocinero que pone un poco de fantasía al condimentar sus platos. En la farmacia, teniendo ciertas inclinaciones pictóricas, se pueden emplear sin peligro colorantes que alegren los ojos de los enfermos: el jarabe de rosas, el de grosella en las cucharadas del 1 y del 2, para los niños que padecen colerín. El verde vegetal convierte las píldoras en cabuchones de esmeralda, que las mujeres toman sin repugnancia, por su afición a los adornos y a las joyas. Pero lo que más satisfizo a nuestra clientela fue el uso del alcohol mezclado moderadamente en el agua hervida de las cucharadas, de los pozuelos y de los demás bebedizos.

A las primeras tomas los enfermos se animaban, cantaban, dormían bien, y algunos se escaparon de una muerte segura, con honra y fama para el médico que los asistía. Después, seguían surtiendo las recetas dizque para preservarse de todo género de dolencias. Como si me hubieran contagiado las enfermedades de todo el pueblo, yo daba el punto a tales medicinas, probándolas y saboreándolas lo mismo que los dulceros sus confituras.

En aquel empleo la cosa pintaba bien para mí: dormía en la rebotica, en un catre de tambor, con obligación de atender las llamadas nocturnas, para que don J. de J. no interrumpiera su apacible sueño; me alimentaban con la misma pitanza de los amos: en las comidas del mediodía un plato rebosante de caldo, otro de arroz, carne cocida y frijoles. Al amo le doblaban la ración, y el caldo lo tomaba sorbiéndolo estrepitosamente de una sopera, después de aderezarlo con quince cosas distintas: plátano, sal, limón, chile, granos de granada, orégano, elote, aguacate, pedazos de tortilla, un chorro de vino tinto, otro de aceite, migas de pan francés, rodajas de huevo duro, cebolla y papas cocidas. Él mismo, diariamente, preparaba tan variado mejunje, con un gesto supersticioso de sacerdote que celebra un extraño rito, ante los ojos indiferentes de doña Jovita que no paraba de quejarse de algún mal imaginario.

De los platos de antojo quintuplicábanle la ración, y maravilla pensar cómo no se derramaba el pozo de las defecaciones de aquella casa con los frecuentes viajes que a él hacía el señor boticario.

Al alcance de mi mano tenía los frascos de los cordiales y el cajón del dinero que prudentemente soportaba mis acometidas. Por algo le llaman don Prudencio los dependientes de las tiendas.

Además, Urapa es un pueblo chico, de pocos habitantes, y hasta allí era difícil que llegaran las pesquisas de mi amantísima familia para conocer mi paradero. El pueblo, pues resultaba un paraíso, sin la molestia de convivir con los animales de la creación, cada uno encerrado en su casa. Pero no hay paraíso sin tentaciones. ¿Desperté yo, por imprudente, las adormecidas dentro de aquel hogar, al contarles a los amos que en mi pueblo me llamaban Pito Pérez? Quizá por asociación de ideas, una tarde doña Jovita gritó, desde el interior de su cuarto:

—Muchacho, tráeme un poco de linimento.

Con mi cara de santo mojarro llevé el pomo de linimento a la pieza de la patrona que, tendida en su cama, boca abajo, quejábase pesarosamente. Según ella, le dolía un costado, la espalda, el cuello, y no resistía ni el peso de una mosca.

—Es el reuma que me sube y me baja y me pone en un grito —decía con voz de muchacho consentido—; pero mi esposo no se preocupa por mi salud, ni se acomide a darme una frieguita de algo. ¡Ay! ¡Aay! ¡Aaay! Por caridad úntame un poco de linimento en la espalda.

Y doña Jovita se enderezó para aflojarse los broches del corpiño.

Mi alma se encendió en una ardiente compasión para aquella infeliz mujer que tanto padecía, y con el pensamiento puesto en Dios, introduje mi mano por la abertura del vestido, comenzando a frotar suavemente la espalda desnuda.

—¡Así, así! —decían la enferma en tono suplicante.

Después, se volteó boca arriba, con los ojos cerrados, diciéndome dulcemente:

—También en la cintura y en el pecho para calmar este dolor que me mata.

Mi mano comenzó a frotar, y al subir tropezó con dos sólidas cúpulas cuyos pezones endureciéronse sensiblemente.

—Así, así —repetía la enferma. Y echándome los brazos al cuello, atrájome sobre su cuerpo dolorido...

Haciendo un juego de palabras, de las cúpulas pasamos a
32 las cúpulas.

Los efectos de las medicinas fueron sorprendentes y, tarde a tarde, gritaba la enferma desde el fondo de su cuarto, en medio de quejidos lastimeros:

—Muchacho, *trai* el linimento.

Yo bajaba el frasco de su sitio y me aprestaba a cumplir devotamente con una obra de misericordia. Entretanto, don J. de J. quedaba al frente de la botica, inmóvil en su silla de brazos. Mas un día, uno de esos días aciagos que yo debiera relatar con una voz equivalente a letra bastardilla, coincidieron tres marchantes premiosos, y el farmacéutico, haciendo un esfuerzo sobrehumano, entró en mi busca hasta el interior de la casa. Empujó la puerta de la alcoba, y al mirar lo que miró, quedose de una pieza. El susto me hizo bajar de la cama, como un sonámbulo, mientras doña Jovita rompió a dar alaridos, igual que si le arrancaran las tiras del pellejo.

Salí del cuarto tropezando con los muebles, mientras el boticario despertaba de su asombro y con una elocuencia arrolladora llamaba a su mujer puta, malagradecida y sonsacadora de menores.

Sin detenerme a recoger mis exiguos ahorros, abandoné la casa por la puerta del corral, con tanto miedo a las iras de aquel marido coronado, que resolví dejar inmediatamente el pueblo, y si me hubiera sido posible, el globo terráqueo, sin atentar contra la vida.

Aquella noche, caminando por un largo camino, cavilaba tristemente: ¡Cuán breves son las fiestas de este mundo y cómo nos dejamos engañar con un señuelo! Iba otra vez a la aventura, sin casa ni sostén, y todo por haber olvidado la historia de la mujer de Putifar.

El cansancio del sendero hacía evocar la vida quieta y regalona de la casa del boticario: los platos sustanciosos, los tragos de la hemoglobina falsificada y los buenos pellizcos al cajón del dinero. ¡Todo perdido para siempre por causa de la insospechada temperatura de la señora doña Jovita!...

—¡Es usted más poeta que yo, Pito Pérez! Y, ¿a dónde fue usted a parar, después de sus amores con la boticaria?

—Mañana se lo contaré; ahora es preciso que yo vaya a consolar, con unas copitas, las penas que hemos removido. Hablar del pasado es resucitar un muerto, y yo tengo valor de hablar con los muertos únicamente cuando estoy borracho.

Tendí el vuelo a La Huacana, dando un rodeo para no tocar la hacienda de San Pedro, Jorullo, propiedad de unos paisanos míos, cuyo encuentro procuraba evitar, porque si me hubiesen descubierto, habrían corrido traslado a mi familia de mi aparición por aquellos rumbos.

De no vivir en una gran metrópoli, preferí siempre los pequeños poblados a las capitales provincianas, que son planteles de vanidad y asiento de extravagancias. Sus habitantes pueden ser clasificados de este modo; tres o cuatro familias dueñas de hacienda grande, que fue heredada o hecha al vapor en negocios usurarios; diez casas muy ilustres, arruinadas, y con las cómodas repletas de pergaminos, en donde consta que un bisabuelo fue Oidor, otro Coronel realista, otro cuñado del Conde de Cerro Gordo o sobrino del Marqués de Sierra Madre. Estas dan el tono en las reuniones de la buena sociedad, en donde salen a relucir los pendientes que regaló la Emperatriz Carlota, o la mantilla de punto que usó la abuela cuando fue madrina de matrimonio de doña Lorenza Negrete Cortina de Sánchez de Tagle. Gente muy encopetada, que se pone en ridículo en todas partes por presumir de expedita, como sucedió cuando convidaron a Maximiliano para que visitara Morelia. Uno de los más caracterizados vecinos de la capital michoacana, dándola de cortesano, preguntó al Emperador:

—¿Cómo está Carlotita?

A lo que contestó el Emperador, muy circunspecto:

—Su Majestad la Emperatriz está bien.

Y declinó la invitación de aquellas gentes que tan mal conocían el protocolo.

Después de esta casta de muñecos de oropel, vienen las familias de los empleados del gobierno, las de los profesionales,

las amas de los canónigos, y esa masa anónima de humildes menestrales que comen de milagro y cuyas hijas saludan en las serenatas a los pollos ricos, no sé por qué antecedentes o por qué razones: adivínalo tú, buen adivinador.

En estas ciudades la miseria adquiere gestos trágicos, y los sinvergüenzas, como yo, no pueden vivir decorosamente. En cambio, los pueblos chicos son de mi gusto, porque en ellos el hombre se confunde con la naturaleza, o yo confundo la naturaleza con el hombre. Lo cierto es que me gusta vivir en los pueblos rabones porque en ellos soy primera figura, agasajado por gentes humildes que se honran con mi amistad y se divierten con mis pláticas. Me he sentado largos días a la mesa de un ranchero pesado, a quien tuve embobado con mis mentiras. Oyéndolas, no paraba de decirme, como los niños que escuchan un cuento fantástico:

—¿Y qué más, señor Pérez? ¿Y qué más, señor Pito?

Hasta que se agotó el agua de mi noria y tuve que renunciar a una hospitalidad pagada con monedas de mi escasa inventiva.

En los pueblos pequeños, el rico es agricultor y el pobre campesino, que es la misma cosa, salvo Don Fulanito, el de la tienda, que roba a ambos, y Don Menganito que tiene botica y los limpia a todos: unas veces del estómago o del hígado, pero de la bolsa siempre.

Al anochecer el labrador vuelve del potrero, rendido por las duras faenas del surco, y en busca de un rato de conversación, acércase a la tienda de su compadre Gumersindo. Allí como de casualidad, cae también Pito Pérez, a quien, para que anime la reunión, ofrecen una copa. Su servidor comenta las noticias del periódico, repite lo bueno que ha oído decir de cada uno de los presentes, cuidando de no tropezar con alguna palabra que desagrade al dadivoso; y convite del uno, y convite del otro. Pito Pérez guarda en la barriga sus buenos tragos y una torta de pan con queso que el dueño de la tienda le da a hurtadillas, porque también él saca de la tertulia su buena raja. ¡Oh, los pueblos chicos, Jauja de holgazanes, paraíso de platicones!

—Pero ya no divague tanto, Pito Pérez, cuénteme lo que hizo al llegar a La Huacana.

—Sentarme en un banco de la plaza, debajo de unos tamarrindos tan floreados que parecían un palio de tisú extendido por primera vez sobre la cabeza de un caminante.

Las campanas de la parroquia llamaban a misa y unas cuantas personas se dirigían parsimoniosamente al templo. Entonces pensé en Dios, como lo hacen todos los necesitados. 36 Vamos a probar —me dije— qué tal Providencia tienen estos de La Huacana, y de paso daremos una vuelta por el mercado para ver si el Señor pone algún comestible al alcance de mi boca.

Después de torcer calles inútilmente, entré en la iglesia y me senté frente a un confesionario en que un sacerdote escuchaba el bisbiseo pecaminoso de una beata.

Al fijarme en la cara negruzca y cacariza del Ministro del Señor, lo reconocí en seguida: era el padre Pureco, de Santa Clara, a quien yo había ayudado muchas veces a decir misa. No pude contenerme y fui a hincarme tan cerca del confesionario que llegaban a mis oídos los consejos menudos que el padre daba a la penitente:

—Ama a tu esposo como la Iglesia a Cristo; las casadas deben ser mudas; no discutas con tu marido aunque sea más tonto que tú, como afirmas. Paga la penitencia y ve en paz, hija mía.

Le dio la absolución y volviéndose a donde yo estaba, dijo:

—Reza el Yo pecador...

—Yo soy Jesús Pérez.

—Ese no es el Yo pecador, ni te conozco.

—Sí me conoce, padre, yo soy Pito Pérez, de Santa Clara.

—¿Tú eres Pito Pérez? —exclamó el sacerdote con un acento que me pareció de alegría.

—El mero Pito, señor, pero muerto de hambre.

—Ve a la sacristía y espérame para que me digas lo que te pasa.

El padre Pureco tenía en mi tierra fama de lerdo, y que Dios me perdona si, diciéndolo, denigro a uno de sus representantes,

aunque, sin duda, el Espíritu Santo conocía muy bien los alcances de su ministro.

Al llegar el padre a la sacristía le solté un patético relato, hablándole de la miseria de mi familia, que me había impulsado a salir de Santa Clara en busca de trabajo; de mi empeño por hacerme de recursos para ayudar a mis hermanas; y el hambre puso en mi voz tan conmovedor acento que, por primera providencia, el padre Pureco ofreciome asilo en su casa y, terciándose el manteo, me llevó a ella para obsequiarme con un jarro de leche y unos platanitos cocidos, al uso de tierra caliente.

A la hora del almuerzo, el padre preguntó por la vida y milagros de todos los vecinos de nuestro pueblo, yo satisfice su curiosidad como pude, agregando de mi cosecha pequeños detalles, que pudieron dar al traste con mi generoso anfitrión:

—Y Marín Pureco, ¿qué hace?

—Nada, padre, porque pasó a mejor vida.

—¡Cómo! ¿Se murió?

Estuvo en un tris que el padre no se desmayara al oírme, pues la persona aludida era su hermano, y yo no lo sabía. Tuve que resucitar al muerto rápidamente y, a fuerza de labia, hacer que mi interlocutor olvidara el falso informe necrológico.

En los días que siguieron ayudé al padre en todos los menesteres del templo: junté las limosnas sin cobrar porcentaje, cambié de ropa a los santos, y como no había organista, con mi flauta prodigiosa llené de gorgoritos los ámbitos del recinto. Los fieles se sorprendieron con aquella música inusitada, pero noté desde el coro que cuando la pieza era de baile ellos se animaban, llevando el compás con la cabeza.

En la misa mayor del domingo que siguió a mi llegada, cuando el lleno de campesinos era más imponente, el padre Pureco subió al púlpito a decir el sermón. Rezó primero un Ave María para que la Virgen lo inspirara, carraspeó, tascó bien la dentadura postiza y soltó el chorro de su elocuencia:

“En otras ocasiones, desde esta cátedra sagrada, os he explicado, hermanos míos, las virtudes teologales, pero me habéis oído con indiferencia, como quien oye llover y no se moja. Bien

pocas son las virtudes teologales para que vosotros no las conozcáis, pero perdonadme, Soberano Señor Sacramentado —dijo el padre Pureco, volviéndose al altar mayor—, tengo un rebaño de brutos que no entienden la doctrina cristiana. Una vez más voy a explicaros lo que es la fe, lo que es la esperanza, lo que es la caridad:

38 “¿Qué cosa es la fe? ¡Corazones de piedra, conmoveos! ¡La fe es una paloma blanca que llevamos oculta en nuestro tierno regazo! Pero hay que despertarla para que ella nos guíe a las puertas de la gloria, y para despertarla, es necesario arrojar primero de nuestros corazones el gavián del pecado, porque si lo dejamos allí acabará por devorar a la inocente palomita.

“¿Y la esperanza? ¿Habrá algo más hermoso que la esperanza? ¡Sólo María Santísima es más hermosa que ella! ¿Qué cosa es la esperanza? Fijaos bien y grabad mis palabras en vuestros corazones; es la segunda virtud teologal, y es tan dulce repetir con el Señor: yo tengo esperanza de enderezar mis pasos, de limpiar mi conciencia, de conocer a Dios. Hasta en las cosas materiales ¡es tan grato tener esperanza! Porque no es pecaminoso, hermanos míos, decir con el pensamiento puesto en Dios: yo tengo esperanza de tener una casita, y mujer, y muchos hijos, que son la bendición del sagrado vínculo; yo tengo esperanza de sacarme la lotería; yo tengo esperanza de que el día de mi santo mis fieles me compren una sotana nueva y un reloj, que tanta falta me hacen.

“¿Y la caridad? Bien claro lo indica su nombre: Ca-ri-dad, dad, dad. ¡Por algo es la mayor y la más grande de las virtudes! Pero, ¿qué entendéis vosotros de cosas divinas, por más que el Espíritu Santo inspire mis palabras? Porque yo quiero iluminar la cerrazón de vuestro entendimiento con la luz indeficiente de la verdad, pero —con tu permiso, Soberano Señor Sacramentado— sois un hatajo de pendejos. No, no puedo retirar lo que he dicho, hasta que demostréis que vuestra fe existe, que vuestra esperanza vive y que vuestra caridad se manifiesta con los hechos. Ya sabéis que mi celebración es el 24 de agosto. Id en paz en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.”

El padre Pureco bajó del púlpito poseído por el fuego de la inspiración y no se dio cuenta de que el alba se le había enganchado en un clavo de la puerta, hasta que sintió la desgarradura, y sin pedir permiso al Soberano Señor Sacramentado, lanzó un carajo tan rotundo como una bofetada.

Nos dirigimos a la casa, y a la hora de la comida, como no queriendo abordar el asunto, el padre Pureco me preguntó:

—¿Qué te pareció mi sermón, Pito Pérez?

39

—Muy bien, padre, sobre todo esa figura tan bonita de nuestro tierno regazo; pero le faltó lo principal para conmover a los fieles: el latín, que es lo único que hace llorar en el templo a los piadosos oyentes.

—Es cierto, Pito, pero ya no recuerdo las citas de los Santos Padres de la Iglesia.

—Yo puedo servirle en eso, y en otras muchas cosas, padre —le dije, con el afán de conquistármelo. Verá usted: le apuntaré las oraciones en latín, usted se las aprende y las suelta en los sermones, sin pedir permiso al Señor Sacramentado, en lugar de esas palabras tan duras que acaba de proferir.

—Te diré: sólo los domingos hablo así, porque es el día que bajan los rancheros a misa y no entienden de otra manera.

—Ahí está el chiste, padre, que no le entiendan para que piensen que es usted un sabio. Los médicos también llaman a las enfermedades por sus nombres científicos delante de los dolientes, porque si les dieran sus nombres vulgares, los enfermos se atenderían solos, con infusiones de malvas o con ladrillos calientes.

Convencí al padre Pureco y me puse a buscar sentencias en latín. Encontré un diccionario con locuciones en dicho idioma; pero como quería hacerme el indispensable, forré el libro con un periódico para que el padre no se diera cuenta cómo adquiría yo tanta erudición, y en tiritas de papel copiábale las sentencias que, a mi juicio, podían utilizarse, trocitos de papel que Pureco sacaba del breviario, cuando estaba en el púlpito, como esos pajaritos amaestrados que dicen en las ferias la buenaventura.

Cuando me veía leer a hurtadillas, imaginábase el padre que lo que yo traía entre las manos era alguna novela pornográfica y me reprendía severamente, aunque con cierta sonrisa socarrona en los labios.

No muy seguro de lo que decía, y temeroso de ofender a Dios, el padre Pureco siguió diciendo: Con tu permiso, Soberano Señor Sacramentado, antes de soltar algún latín de los que yo le suministraba.

“Hermanos en Jesucristo: me duele *ab ovo* vuestra ingratitud con el Divino Salvador. Venid todos a sus plantas como lo mandan los Evangelios: *bonum vinum læctificat cor hominis*. Yo quiero solamente vuestra salvación; pido para vosotros las gracias del Supremo Juez y ante Él quiero interceder y decirle: perdónales señor, aquí los tienes *inpoculis* y arrepentidos.”

—Equivocó usted los papelitos, padre, y llamó borrachos a los fieles —decíale yo cuando descendía del púlpito.

—No importa, Pito, antes les decía peores cosas y no se daban por ofendidos.

Yo no sé si sería por el uso del latín, o por una mera coincidencia, el caso es que los feligreses comenzaron a dar muestras de mayor respeto para su pastor espiritual, y éste a sentirse más engreído y a estirarse, como cualquier funcionario, a tal extremo, que a mí mismo aplicábame los latines que le enseñaba, y con mayor acierto que en el púlpito. Antes de mandarme alguna cosa, decía: *noc volo, sic jubes, sit pro ratione voluntas*.

Tanto despotismo, chocante a mi natural rebeldía; el no gozar de ningún sueldo, y el tirantito de embriagarme de cuando en cuando, pues ya le había tomado gusto al vino y el padre no me dejaba ni olerlo, hicieronme pensar en salir de aquella casa para probar fortuna en otro sitio. Una enfermedad cayome encima, que vino a fortalecer mis proyectos de abandonar La Huacana: las calenturas intermitentes. A la hora de la fiebre temblaba mi cuerpo como si lo cernieran, y después, no tenía ánimo ni para llevarme el pan a la boca.

Me resolví, pues, a dejar al padre Pureco enredado en la malla cada vez más espesa de sus latines; y a una escultura de

la Virgen de la Soledad que tenían con mucha veneración en el templo, le quité dos o tres milagros de oro, para llevarlos como recuerdo de tan bella imagen, pero, muy a mi pesar, tuve que venderlos en el camino. Puedo, pues, afirmar a los incrédulos que he palpado *milagros* patentes y aun he vivido de ellos.

Sentíame agotado y tan triste que ya no tocaba la flauta, preocupándome solamente la idea de encontrar la forma adecuada de llegar a mi casa sin peligro de reprimendas y castigos.

De La Huacana hice dos días a Ario, y otros dos de este pueblo a Santa Clara, pernoctando en los montes, tan debilitado por la fiebre y por el cansancio, que las estrellas me parecían cirios mortuorios temblando en torno de mi cadáver.

Hubiera podido llegar a mi tierra con el sol muy alto, pero creí prudente esperar a que anocheciera, para no llamar la atención por las calles del pueblo.

De seguro —pensaba yo— tendré que comparecer ante un consejo de familia; mis hermanas me increparán, mi madre Herlinda intentará castigarme; llorarán después, y calmada la tormenta, quizá escuchen con interés el relato de mis viajes, y acabarán por matar un cordero para festejar la vuelta del Hijo Pródigo.

Sentado en una piedra del camino esperé a que la tarde se apagara, y como un perro derrengado, bajé lentamente hasta mi casa y llamé al zaguán con más susto que vergüenza.

Una de mis hermanas abrió, diciéndome:

—Pasa —con la naturalidad que si me hubiese visto salir unos cuantos minutos antes.

Nadie se manifestó extrañado de mi presencia, nadie me preguntó de dónde venía, ni si pensaba quedarme. Yo fui, más bien, el que dijo a Concha, notando en ella alguna preocupación:

—Te siento triste, hermanita.

—Estoy preocupada porque anoche soñé que había puesto, con muchos trabajos, un huevo muy grande, y me asusta pensar en que mi pesadilla resulte cierta.

De pronto, caí en la cuenta de que Concha parecía gallina con anteojos, y de que en nuestra familia todos teníamos algo de animales: mi madre Herlinda, carita de perro; María, el aspecto de una tuza; Lola, facha de tarengo mojado; Joaquín, de inocente conejo, y yo, de rata cautelosa.

¡Delirios de calentura! Pero, ¿qué clase de fiebre era la de Concha que temía poner huevos?

—¿Y se estableció usted de nueva cuenta en su pueblo?

—Por una temporada nada más, porque se hace vicio rodar por el mundo, y yo no renunciaré a mis viajes, aunque sólo sean de aquí a Opopeo. Así como la comida de la casa ajena nos resulta más sabrosa, el vino de otros pueblos para los borrachos tiene un sabor más incitante.

Al llegar de nuevo a mi tierra, encontré como novedad que en el changarro de Solórzano había, noche a noche, concurso de borrachos.

Un tal José Vásquez, secretario de los juzgados y a quien yo no conocía, por tener poco tiempo en el pueblo, ocupaba el primer lugar. Según decían era un fenómeno para eso de soplarles a las botellas, dejando muy atrás al sordo Juárez, a don Pedro Sandoval y a don Alipio Aguilera, quienes gozaron antes de gloria y fama.

Picome la curiosidad por conocer al campeón, y una tarde fui a esperarlo a la tienda de Solórzano. Llegó Vásquez y pidió que se le sirviera un refresquito. Llenaron de aguardiente un vaso grande y Vásquez se lo empinó de un sorbo, como si fuese garapiña.

Presentáronme con él y al oír que los de la reunión me llamaban Pito, pensó quizá, que mi apodo era diminutivo cariñoso de Agapito, y comenzó a decirme con mucha amabilidad: don Pito por aquí, don Pito por allá, provocando la risa de todos.

—Señor don Pito, dicen que usted conoce medio mundo.

—De la jurisdicción de la Biblia, excepto a Sodoma, conozco Nínive, Jerusalén, Babilonia. De este hemisferio conozco Tecario, Ario, La Huacana y otros puntos más cuyos nombres, por ser muchos, no retengo en la memoria. ¡Pueblos que parecen ranchos; ranchos que parecen ciudades!

Recordando que el dueño de la tienda era oriundo de Pátzcuaro y nos escuchaba atentamente, exclamé con gran prosopeya:

—Pero la metrópoli que más me gusta es Pátzcuaro. ¡En dónde una ciudad con una tristeza más poética! ¡En dónde un lago como el suyo, mineral líquido, cuya veta de peces de plata es inagotable! ¡En dónde un panorama más hermoso que el que se descubre desde la cima del Calvario, que abarca todo Michoacán, y si apuramos un poco la vista, hasta las torres de Guadalajara, único en el mundo, por la diafanidad del aire en los contados días que no llueve! ¡En dónde una virgen más milagrosa que la de la Salud, que concede cuanto se le pide!

—¿Verdad, señor Solórzano? —interrogué al dueño del establecimiento, a quien le temblaban los bigotes de pura emoción al oírme exaltar con tanto calor a su tierra.

Yo sentí que maduraba dentro de mi cabeza un plan diabólico:

—Mire usted, señor Vásquez, vamos a pedir de beber a la Virgen, y si realmente es milagrosa, ella proveerá lo necesario. Estoy seguro de que la Virgen no quedará mal por una bagatela como la que vamos a pedirle, pues su negativa sería un baldón para Pátzcuaro.

Junté las manos devotamente, como si rezara con los ojos puestos en el techo, y la flecha dio en el blanco, o sea, en el sentimiento religioso de Solórzano, que se apresuró a servirnos sendos vasos del Tancítaro más puro, fabricado de contrabando por él, en la trastienda de su acreditado comercio.

La virgen realizó el prodigio diez veces seguidas, hasta que el secretario clavó el pico, dormido sobre unos cajones, y yo di con mi casa de pura casualidad.

Pretendí alguna otra vez despertar el amor propio de aquel místico tabernero, pero la Virgen no repitió el milagro, quizá porque no lo pedí con la fe requerida.

Por aquel entonces la cruda suerte aún no alteraba mi pulso y era yo poseedor de una letra hermosa, redonda y clara. Cuando Vásquez, el secretario, la conoció, invitome a servirle de

amanuense, lo que acepté porque creí que, siendo camaradas de borracheras, nos llevaríamos bien a la hora del trabajo. ¡Qué va! Vásquez era de esos funcionarios que aprovechan al subalterno para todo, sin manifestarse jamás complacidos, y que se visten con las ideas de los otros. Yo decía mi parecer ingenuamente, al hablar de los negocios del Juzgado, y él soltaba después mis opiniones como si fueran suyas, con el preámbulo de siempre: “A mi humilde juicio...”

45

Para hacer el estudio de los necios, en general, me bastó conocer al juez y al secretario, y ahora ya sé que lo que cambia en los hombres es la dimensión de sus empleos, pero que el tonto o el sinvergüenza, lo mismo lo son de alcaldes de un pueblo que de ministros en la capital de la República.

En una oficina del Gobierno se aprende mucho. Resístese uno a creer que los funcionarios públicos sean tan vanidosos, y los que los rodean tan serviles y aduladores.

A propósito, contaré una sencilla anécdota: un Presidente de nuestra República, demócrata y bueno, tenía un amigo de la infancia que vivía soterrado en su pueblo y nunca le había pedido nada. Pero sucedió que el amigo tuvo que ir a la capital a curarse, por prescripción del médico del pueblo, y entonces se dijo muy ilusionado:

—Ahora aprovecharé para saludar al señor Presidente y, de paso, pediré a él, que es tan generoso, ayuda para algunos de sus viejos amigos; no para mí que, gracias a Dios, no la necesito.

Ya en la capital, el amigo comenzó a echar viajes a Palacio y a conocer el suplicio de las antesalas durante todo el tiempo que le dejaba libre su médico.

Ante su lugareña curiosidad pasaban los ministros y los más altos dignatarios de la República, midiendo con la vista a los pobrecitos mortales que parecían hongos nacidos para morir en la penumbra de las antesalas. Pasaban, repito, personajes con las carteras debajo del brazo y, saludando apenas entre dientes, abrían la puerta del despacho presidencial y se perdían en el misterio. Después de algunas horas, los funcionarios volvían a aparecer en la puerta, y con los mismos aires de grandes visires,

atravesaban de nuevo las antesalas, rodeados de sus clientes y agasajados por sus amigos.

Uno de tantos días, enterose el señor Presidente de que su amigo de la infancia, aquel muchacho tristón y humilde a quien desde hacía tantos años no veía, solicitaba audiencia.

—Que pase mi amigo —ordenó al ayudante de guardia, y el amigo pasó satisfecho y conmovido, encontrando al señor Pre-
46 sidente en compañía de algunos de aquellos señores que él había visto pasar por las antesalas, orgullosos y levantados.

—Aguarda unos momentos —díjole con amabilidad el Primer Magistrado.

El visitante acomodose en un rincón del despacho, en espera de que el señor Presidente se desocupara para charlar con él a sus anchas y hacer recuerdos de los días lejanos; mas notó, con sorpresa, que los señores allí presentes no se parecían en nada a los que él veía pasar por las antesalas. Estos hablaban en voz baja, con las cabezas humilladas; caminaban de puntillas y salían del despacho como si salieran del cuarto de un enfermo grave.

El Presidente, por fin, quedó solo, y dirigiéndose a su amigo, le dijo:

—Acércate, ¿qué haces por aquí? ¿En qué puedo servirte?

Pero el amigo contemplaba ensimismado la puerta del despacho, moviendo tristemente la cabeza.

—¿Qué cosa ves? —interrogó el Presidente.

—Esa puerta que separa lo real de lo ficticio, la puerta de las simulaciones, de las metamorfosis. Antes de entrar por ella los altos funcionarios esconden los anillos, los gestos, las ideas. Allá, afuera, son otros que olvidan tus doctrinas y te traicionan hasta con su porte. Afuera, desprecian a todos los hombres; aquí, adentro, no saben cómo hablarle a un hombre. ¡Pobre pueblo! Y dime, ¿quién tiene la culpa, tú o ellos?

El señor Presidente creyó que su amigo se había vuelto loco, y lo dejó salir de la estancia sin tenderle la mano para detenerlo.

El relato no viene a cuento, y si lo traigo a colación, es porque me acuerdo de Vásquez y del juez, que me hicieron

abominar de la justicia de este mundo con todas sus triquiñuelas y sus maldades.

¡Pobre de los pobres! Yo les aconsejo que respeten siempre la ley, y que la cumplan, pero que se orinen en sus representantes.

48 —Y el amor, Pito Pérez, ¿ha sido con usted generoso, o ingrato?

—Amigo, no ponga usted el dedo en la llaga, ni miente la sogá en casa del ahorcado. El amor es la incubadora de todas mis amarguras; el espejo de todos mis desengaños. Ha influido en contra mía de tal manera, que otro gallo me cantara si en el amor hubiera encontrado estímulo para luchar por algo o por alguien. Dicen que tira más una mujer que una yunta de bueyes, lo creo pero conmigo han ensayado las mujeres su fuerza de repulsión y no la de atracción. Aquí, en la intimidad, confieso a usted mis culpas que, por otra parte, no son un secreto para nadie. Borracho y tramposo, el amor me hubiera regenerado, pero ese diosencillo impertinente jamás se acercó a mí con intenciones de redimirme, sino de escarnecerme. Con sus manos de niño inocente rompió todos los resortes de mi voluntad.

¿Que voy por la vida sucio, greñudo, desgarrado? ¡Y qué importa si no tengo con quién quedar bien!

¿Que no trabajo? ¡Qué más da, si nadie tiene que vivir a mi costa!

¿Quién se ha interesado por mí con algún sentimiento afectuoso? Usted mismo, a quien estoy contando mi historia, ¿se ha preocupado por conocerme, por estudiarme con alguna indulgencia? No, usted quiere que yo le cuente aventuras que le hagan reír: mis andanzas de Periquillo o mis argucias de Gil Blas. Pero, ¿ya se fijó usted que mis travesuras no son regocijadas? Yo no soy de espíritu generoso, ni tuve una juventud atolondrada, de ésas que al llegar a la madurez vuelven al buen camino y acaban predicando moralidad, mientras mecen la cuna del hijo. No, yo seré malo hasta el fin, borracho hasta morir congestionado

por el alcohol; envidioso del bien ajeno, porque nunca he tenido bien propio; malediciente, porque en ello estriba mi venganza en contra de quienes me desprecian. Nada pondré de mi parte para corregirme. Solamente los cobardes ofrecen enmienda, o se retractan, y yo no haré ni una ni otra cosa. La humanidad es una hipócrita que pasa la vida alabando a Dios, pretendiendo engañarlo con el Jesús en los labios y maldiciendo y renegando sin piedad del Diablo.

49

¡Pobrecito del Diablo, qué lastima le tengo, porque no ha oído jamás una palabra de compasión o de cariño! Los hombres son realmente aburridos, insoportables. Cuando se dirigen a Dios, lo hacen con fórmulas escritas para cada caso: Ayúdanos, Señor, danos el pan de cada día; ¡ten misericordia de nosotros!... Para librarse del dolor ocurren a Dios, como al dentista; pero para la disipación, buscan vergonzantemente al Diablo y se anegan en todas las delicias del pecado, sin que Satanás oiga alguna vez un ¡gracias, Diablo mío! Por el contrario, aún tiene que escuchar cómo los hombres, después del goce prohibido, dan gracias a Dios por el placer que obtuvieron.

Yo no sé que Fausto agradeciera al Diablo la juventud, el amor y el dinero que recibió de sus manos.

El Diablo habita en círculos de sombras luchando contra el odio y la envidia, ajeno a toda caricia, a todo sentimiento de ternura.

El Diablo no conoció calor de madre; Jesús nació de una virgen toda pureza, toda amor.

El Diablo pudiera odiar el mal y amar el bien, pero no es dueño de su albedrío; él fue condenado a amar el odio y a odiar el amor, y jamás romperá su destino.

Jesucristo murió una sola vez, con todos los dolores humanos; el Diablo padecerá, por los siglos de los siglos, sus suplicios y los que Dante le inventó. ¡Pobrecito del Diablo, qué lástima le tengo!

—Pito Pérez, perdone que interrumpa sus disquisiciones diabólicas, pero estoy ávido de saber cómo fueron sus éxitos y sus desastres amorosos.

—Pues bien, ya que usted se empeña, voy a contarle cuántas veces y de qué manera el amor se ha burlado de mí, pero no espere hallar idilios engarzados en hilos de luna, con cartas extraídas de algún libro de Lamartine o de Víctor Hugo. Mis amores fueron de pueblo, vulgares, y el más profundo, el de mi niñez, murió en secreto, sin que el ser amado hubiera entendido mis declaraciones musicales.

50 Ella vivía frente a mi casa y se llamaba Irene, ¡Irene!, lo más bonito de su persona. Era tres o cuatro años mayor que yo; alta, delgada, color de raja de canela, con unos senos que parecían dos peritas robadas y ocultas debajo del corpiño.

En su casa pasaban grandes privaciones.

El padre, un arriero sin hatajo; la madre molía chocolate para las tiendas.

Irene solía llamar a la puerta de mi casa para pedir prestado, roja de vergüenza, un puñado de sal o un terrón de azúcar. Algunas veces iba descalza y viéndole los pies y el nacimiento de las piernas, despertáronse mis primeros pensamientos voluptuosos.

Desde el zaguán de mi casa descubríase el interior de la suya: dos camas sin colchones, una mesa sin barnizar y un banco viejo, cargado de macetas rotas, por cuyos agujeros salían las flores como salen los dedos de los niños por un zapatito hecho pedazos.

Todas las tardes, al oscurecer, Irene asomaba a su puerta, y el pito de Pito Pérez entonaba su amorosa canción:

“Te amo en secreto,
si lo supieras
nunca me hirieras
con tu desdén...”

Ahora sí debe haberme comprendido —pensaba yo, al acostarme, dibujando en mi cerebro las dos peritas de San Juan, ocultas bajo la blusa, y aquellos pies desnudos que las piedras de la calle trataban con tanta crueldad.

Un año largo de pasión, un año de concierto y de miradas tiernas, sin resolverme a decir una palabra; pero llegaron las vacaciones y con ellas mis hermanos los colegiales, Joaquín, el que estudiaba para cura, y Francisco, el que pretendía ser abogado y resultó ser mi rival, pues una noche lo sorprendí besando a Irene, a quien como supe después, había besado ya en las vacaciones anteriores.

Corrí al corral sollozando por la muerte de mi primer amor. Y mi hermano Joaquín entró en mi seguimiento: 51

—¿Lloras, Jesús? —me dijo. ¡Ya sé por qué! Lloro cuanto quieras, que el amor se deshace con lágrimas...

—¡Y dicen que la música doma a las fieras, Pito Pérez!

—A las fieras, no lo dudo; pero las mujeres son torcazas cuyo corazón está defendido por una rodela de plumas que embota los dardos más venenosos.

Ya escuchó usted el capítulo cursi de mi frustrado idilio; ahora vamos a la comedia que, entre risas y burlas, también rompióme un ala.

Yo tuve un tío con tienda en la plaza, perilla a la Napoleón III, sombrero de copa y más tonto que el puño de un paraguas. Discúlpeme usted si paso por alto algún otro detalle de su filiación.

Mi madre Herlinda habló con mi tío para que yo entrara a su tienda como dependiente. Él accedió después de largarme una filípica sobre la honradez, insinuando que la mía andaba en tela de juicio desde el robo al Señor del Prendimiento, y agregó algunas consideraciones sobre el mérito y las ventajas del abstemio. Fui a la tienda dispuesto a ser más honrado que San Dimas, el auténtico, y a no ingerir sino lo preciso para mantener incorrupto el cadáver de mi última esperanza.

Mis propósitos de honradez duraron hasta que supe que mi tío asignábame por único salario la comida, no muy abundante, por cierto.

El trabajo era duro: hacíame poner en pie a las cinco de la mañana y caer rendido a las once de la noche. En cuanto a la bebida, me las compuse de manera de estar chupando todo el día,

en las propias barbas de mi tío, asegurando que lo que tomaba eran medicamentos que surtía en la botica, y para corroborar mi dicho, envolvía el pomo en papel oscuro y le pegaba las tibias y la calavera con que suelen señalarse las substancias venenosas.

Para que el olor no me denunciara mezclaba al aguardiente algunas gotas de esencia de clavo.

52 Consumía diariamente una botella de tal medicina, recordando a los enfermos de Urapa, en donde puse de moda tan original terapéutica.

Por las noches las cucharadas se me subían a la cabeza y yo veía la tienda menos oscura y con ojos de piedad a los marchantes, al grado de que hacía correr en su favor el fiel de las balanzas. Los muy ladinos lo notaron y hacían cola para surtir sus despensas momentos antes de cerrar “El Moro Musa”, que era el nombre de nuestro establecimiento.

Mi tío tenía varias hijas, tan diferentes entre sí como si hubieran sido de padres distintos: altas y rubias, morenas y bajas. Llamábase Chucha la más tostada de color; parecía una monita traviesa, sombreada de vellos y con unos dientes de ratón, blancos y menuditos.

Aprovechando la circunstancia de que mi tío dormía las siestas, entraba Chucha al almacén, sonreíame coquetonamente y acercábase a don Prudencio, del que extraía sus dos o tres monedas de plata. Ella decía que tal contribución era para los pobres de la Conferencia, pero yo notaba que Chucha era la más bien vestida de mis primas y que nunca le faltaban cintas finas de vistosos colores en el pelo.

Después de las sonrisas vinieron las conversaciones y las preguntas sobre los secretos de mi vida.

El amor volvió a alcanzarme con una de sus flechas envenenadas, pero esta vez tuve el atrevimiento de confesarlo al objeto de mi pasión, aunque en un sitio desprovisto de toda poesía: en la trastienda, oliente a tabaco mije y a sobrón revenido.

Con voz queda y temblorosa formulé mis amantes querellas:
—Acércate, Chucha, yo te quiero...

—¡Yo también te quiero, Pitito!

Una tarde, *atrenchilada* con un tercio de salvado; intenté darle un beso. Ella retiró con presteza su boca y la mía le hizo cosquillas en el oído.

—¿Te duele alguna muela, Jesús? Hueles a esencia de clavo.

¡A esencia de borracho debí olerle, según la rapidez con que retiró su boca de la mía!

Mis manifestaciones de cariño hacia Chucha y mis sacrificios por ella, aumentaron copiosamente: le guardaba las monedas de plata más nuevas que caían al cajón del dinero; compré un cepillo de dientes; reduje las cucharadas de alcohol a “cucharaditas” cafeteras, y no volví a rogarle que cuidara de la tienda cuando yo necesitaba visitar los apartados y malolientes rincones de la casa. ¡Oh, amor gozoso, pleno de abnegación!

La enfermedad fue acentuándose hasta convertirse en un serio peligro, sobre todo para la estabilidad económica del negocio: A Ruperto “El Ocote”, quien tenía reputación de buen carpintero, le abrí trato para que me hiciera una cama de matrimonio, ancha y resistente, a cambio de clavos, cola y demás materiales de su oficio, de los que nosotros teníamos en existencia. Preguntome “El Ocote” con curiosidad:

—¿Por qué quieres el catre tan fuerte? ¿Es que te vas a casar con doña Justina, la del mesón, que pesa once arrobas?

Yo deseaba un lecho muy amplio para poder dormir a respetable distancia de la que iba a ser mi esposa, a fin de que no se diera cuenta de los olores de mi aliento, perfumado con tequila, mezcal, charanda y todas las esencias finas de la casa.

Decía a Chucha, poniéndome serio:

—¿Cuándo me das las medidas de tu ropa para mandar hacer las donas?

Noche a noche proponíame hablar con mi tío para ponerlo al tanto de mis relaciones con su hija y pedirle su venia para el casorio; pero al hallarme en su presencia faltábame valor, impresionado por su perilla que le daba aspecto de retrato antiguo. En vista de que los días pasaban y no tenía valor de enfrentarme con aquella trinidad ingénita, compuesta por mi tío, mi patrón y mi

suegro, decidí comisionar a don Santiago, nuestro vecino, para que, según costumbre en nuestra tierra, pasara a pedir la mano de Chucha. Don Santiago era un solterón rico y respetado, calvo y ventruado como la mayoría de los ricos de pueblo.

Don Santiago escuchó atentamente mi súplica y se hizo repetir varias veces el nombre de aquélla que iba a pedir:

—Chucha, ¿no?, esa vivaracha, muy cantadora.

54 La noche que convinimos presentose don Santiago a la petición de mano, muy limpio y rasurado y con su bastón de puño de cuerno en la diestra. En el colmo de la emoción olvidé mis propósitos de temperancia y, a boca de frasco, empiné no menos de un cuartillo de mezcal.

Estirando las orejas rumbo a la sala, me pareció que la conversación tomaba un giro de cordial entendimiento. Hasta la tienda llegaban las risas de don Santiago y las de mi tío, cascadas y campanudas como de actor viejo. Llamaron a Chucha para que interviniera en aquella conferencia tripartita.

“Ahora le estarán preguntando si me quiere —pensaba yo—, sufriendo de gozo; ahora, responderá ella tímidamente que sí; ahora le estarán diciendo los padres, como es costumbre, aunque no sea cierto, que la dejan en libertad para elegir esposo y le recordarán que en su casa no carecerá de cosa alguna, por si quiere desistirse del matrimonio; ahora, estarán señalando un plazo discreto para la boda”; y como si la realidad obdeciera a mi pensamientos, oí la voz de don Santiago que se despedía, dando las gracias, y vi entrar en la tienda a mi tío, sonriente y satisfecho.

“Me va a decir algo cariñoso —pensé un poquillo cortado—, me va a abrazar”; pero fuese rumbo al comedor, con una botella en la mano, sin decirme cosa alguna.

Después de cerrar la tienda salí a buscar todo anheloso a don Santiago, a quien hallé sentado en un equipal en la puerta de su casa y muy satisfecho, fumando un puro.

—¿La dieron, don Santiago?

—¡La dieron, hijo, la dieron!

—¿Y qué plazo para la boda?

—Ninguno. Pero debo advertirte una cosa, de poca importancia, esperando que no te molestará. Pedí la mano de Chuchita para mí, reflexionando que eres muy joven para echarte a cuestras semejantes obligaciones —y levantándose del equipal don Santiago me dio las buenas noches muy fino, y con la puerta en las narices.

Cuando regresé a acostarme, todos los frascos de la tienda temblaron; las botellas tuvieron temor de ser violadas, los barriles creyeron llegada su última hora, hasta que, al fin, Baco se compadeció de mí y me durmió en sus brazos como en los de un padre cariñoso.

En los días siguientes Chucha se hizo la desentendida, rehuyendo hablar de aquella cosa sin importancia. Entraba a la tienda, extraía los tostones del cajón del dinero y salía enseñándome, como antes, sus dientes blancos de monita inconsciente y traviesa.

Pocos días después de la petición de mano, dijo mi tío que iría a Morelia al arreglo de algunos negocios y que yo quedaría al frente del establecimiento. Gozando de aquella libertad y del producto de las ventas, organicé bailecitos en los barrios apartados y comencé a fiar mercancías sin apuntarlas en ningún libro para no caer en la pichicatería de todo comerciante. Dios había tocado mi corazón y sentía, por primera vez, el regocijo de ser generoso con los necesitados. Los tramos de la tienda a medio vaciar, hablaban muy alto de mi desprendimiento, y yo miraba desaparecer sin dolor los bienes terrenales, embriagado por el deífico ejercicio de dar, o por el alcohol que ingería devota y abundantemente.

Regresó mi tío de su viaje, y al mirar los almacenes destaralados, frotose las manos satisfecho.

—¿Qué ocurrió con las mercancías? ¡Por lo que veo, vendiste mucho!

—Se han vendido, tío.

El amo encaminose derechamente al cajón de las ventas, y al hallarlo vacío preguntó con cierta inquietud:

—¿En dónde está el dinero?

—Se acabó en dar vueltos, señor —contesté modestamente, intentando ocultar mis buenas acciones porque, como dice la Biblia: que no sepa tu mano izquierda lo que da tu derecha.

Mi tío no quiso hacerse cargo del mérito de mi conducta, y temblándole de rabia la perilla, hecho un basilisco, corriome injustamente de su casa. Yo salí de ella *omnia mecum porto*, como hubiera dicho el padre Pureco.

56 Di a Chucha por muerta, y cuando su recuerdo me importuna, aun ahora que ya es madre de muchos hijos, me visto con una levita negra y un sombrero de copa muy deteriorados, y voy al cementerio a llevarle flores, que deposito en una tumba imaginaria.

Sé que Chucha se molesta cuando las amigas le dicen que Pito Pérez le lleva coronas a su sepultura. En cuanto a don Santiago, me ve pasar con ojos entristecidos por la envidia y murmura en voz baja: “¡Lástima que no sea verdad tanta belleza!...”

Para que acabe usted de convencerse de que mi sino es desdichado en el amor, le contaré mi última aventura, que resultó tragedia salpicada de sangre.

Doña Cliseria y su sobrina Soledad se sostenían de vender en el zaguán de su casa el maíz del diezmo. Por aquella época yo no tenía más ocupación que estudiar mi papel de Ermitaño en el drama de Zorrilla, “El Puñal del Godo”, que se iba a llevar a la escena para festejar el onomástico de un vecino pudiente del pueblo. A la hora de los ensayos se charlaba, se reía, se bebía y se contaban cuentos picantes. Por cierto que esta voz sentenciosa que tengo, la debo, en parte, a aquella representación, pues tomé tan a pecho mi papel que a su influencia teatralizáronse todos los actos de mi vida, perdiendo el sentido de la naturalidad. Recuerdo que en aquella velada silbó maravillosamente un trozo de ópera el padre Buitrón, y José Elguero recitó unos versos de su cosecha. Pero regresaré a mi Soledad y a su tía doña Cliseria.

He oído decir que hay toros de bandera y que se llaman así porque dan un juego brillante en todos los tercios. Doña Cliseria era uno de esos toros y llegaba a la suerte final con mucho empuje y muy altos los pitones.

Soledad, su sobrina, heredaba los arranques de la tía, y alegre y coqueta, pasábase la vida con el cigarro en la boca y punteando la guitarra.

Cuando me veía pasar frente a su casa, gritábame con su natural desparpajo:

—Pito Pérez, ven. Te damos una copa y te cantamos una canción si nos haces la cuenta del maíz vendido esta semana.

Y yo no sólo ponía en claro los números, sino que despachaba la clientela, cuarterón tras cuarterón, con tal de que Soledad siguiera tocando y cantando. 57

La pierna cruzada descubría el nacimiento de la pantorrilla, y al apoyar la *sétima* en el pecho, éste se ponía de relieve como un dúo de la inquietante partitura de “La Traviata”.

Cierta ocasión, no pudiendo resistir por más tiempo la duda atormentadora de saber si aquellas exuberancias eran auténticas, extendí una mano y la puse encima del corazón de Soledad, que por no dejar de ensayar un acompañamiento difícil, no se retiró.

—Espera, Pito, que ya va a salir la segunda.

Y en efecto la segunda salió a la perfección.

Desde aquella fecha; ¡qué existencia tan plácida, sin inquietudes ni deseos! ¡Tocatas armoniosas, canciones lánguidas, románticas, tristes, de ésas que hacen llorar sin saber por qué! Y como en casa de doña Cliseria me daban de comer, creí que, de pronto, me había vuelto rico y que los granos de maíz que llenaban aquellos cajones, eran monedas de oro relucientes, medietos antiguos con los que jugaban mis manos avarientas.

Pero un día —¡dichoso día!— desapareció la guitarra. Soledad no salió de su cuarto y doña Cliseria me dijo con una franqueza que no me dejó formular ni el más leve reparo:

—No vuelvas por aquí, Pito Pérez. Soledad se casa con el nuevo receptor de rentas, que tiene celos de tu persona.

Digno y caballero, ya no volvía a pasar ni por la calle.

Leyéronse las amonestaciones, y llegó la fecha de la boda. Desde lejos seguí el cortejo de los novios rumbo a la iglesia y los vi regresar ya casados: ella, sin levantar los ojos del suelo, con un

recato de novicia, y él, limpiándose el sudor y bufando como un buey uncido a una carreta.

En la casa del padrino había comelitón y bailecito, y yo decidí presentarme en la fiesta para comer una vez a expensas del novio, ya que tanto tiempo había comido a costa de la novia.

El banquete era de los buenos: de tres sopas y tres dulces, y la concurrencia de lo más distinguido del pueblo. Hasta mi
58 prima Chucha estaba allí con su venerable don *Santehago*, como ya comenzaban a decirle los maliciosos.

La música de Hilario tocaba polcas y chotis, y la del Pedregoso, sones de la sierra.

—Ándele, maistro, échese un valsecito —decían al director de esta música.

—No puedo porque vengo templado pa' jarabe.

Antes de que los invitados se acomodaran en la mesa, repartieron vasos de un coyote trepador. Mezcla de catalán, de jerez y de otras mixtelas.

Yo me acomodé en el extremo de la mesa, confundido con las gentes de poca importancia y procurando tapar, hasta donde fuera posible, las palideces agonizantes de mi traje.

Llegó la hora de los brindis y habló el señor cura, con una sonrisita provocadora, que salía desde el fondo de su vaso de cariñena: *Creced y multiplicaos*, hijos míos. Después tomó la palabra el Secretario del Ayuntamiento, elogiando la juventud esplendorosa del novio y la inocencia de la virgen que llegaba vestida de blanco al himeneo. Al terminar el secretario, me puse de pie improvisando estos malos versos:

“El pueblo lo felicita
por la mujer que se lleva.
Es dadivosa, bonita,
diligente, y casi nueva.

Tiene un lunar en el pecho,
barbas en las pantorrillas.
Y verá usted, satisfecho,

que ya no tiene cosquillas.

Le huelen mal los sobacos,
 si seguido no se baña.
 Al fin de los arrumacos
 gime, muerde, grita, araña...”

El novio se puso de pie con la cabellera alborotada, los ojos echando chispas, y cogiendo una botella de sobre la mesa, me la tiró con tal tino que, dándome con ella en la frente, me hizo rodar por el suelo bañado en mi propia sangre. 59

Los comensales abandonaron la mesa, los músicos irrumpieron en la sala tocando sus instrumentos, y en medio de tanto alboroto, según oí referir después, sólo don *Santehago* reía, pensando, quizá con razón, que él escapó el día de su matrimonio de un brindis topográfico semejante.

Mi suerte de amador ha sido muy infortunada. Recordando todas mis desgracias me vienen a la memoria estos versos populares, aunque no sinteticen mi vida al pie de la letra:

“¿Qué favor le debo al sol
 por haberme calentado,
 si de chico fui a la escuela,
 si de grande fui soldado,
 si de casado cabrón
 y de muerto condenado?
 ¿Qué favor le debo al sol
 por haberme calentado?”

60 —Una pregunta indiscreta, Pito Pérez, ¿es cierto que conoce usted muchas cárceles?

—Sí, es verdad, conozco algunas, y no me avergüenza confesarlo. He ido a parar a ellas por borracho y travieso, pero a nadie he matado ni he cometido crímenes de éstos que honran a los ricos y hunden a los pobres en largos años de condena. Porque un rico mata y se esconde mientras su dinero quebranta leyes y suaviza voluntades; un rico hace un fraude, y acumula tales pruebas de descargo, que al final de cuentas él es quien resulta defraudado y calumniado.

No he tenido aún la suerte de llegar a una de esas cárceles modernas, en donde, según dicen, todo es confort y costumbres refinadas; donde los presos visten elegantes uniformes, que se han puesto de moda fuera de los penales como ropa de dormir y con el nombre de pijamas.

En las cárceles de los pueblos encontré a honrados y caballerosos ciudadanos, aprehendidos para sustituir a personas que gozaban de libertad absoluta. Reina en ellas un espíritu infantil que hace a los reclusos orinarse en los zapatos de sus compañeros, como una inocente diversión; aún hay sentimientos generosos y nadie se muere de hambre, a pesar de la buena voluntad del Gobierno, que ha suprimido el rancho de los presos, como cosa superflua. El que tiene comida, porque se la llevan de su casa, la comparte con el que no la tiene, y al que no le ven cobija, le mientan la madre, con solicitud, para que se caliente. ¡Los banquetes que yo me he dado dentro de la cárcel, aceptando de mis colegas, ya un plato de arroz, ya un chile relleno, a cambio de una consulta de tinterillo, o de una afectuosa palmadita en la espalda!

La vida dentro de nuestras cárceles tiene cierto calor de familia, algo de hermandad religiosa, con pactos y contraseñas de sociedad secreta.

En las sesiones matinales, a la hora de la espulgada general, se toma el sol, planeándose las defensas, la coartadas; conciértanse los negocios, y se escriben las cartas para el exterior. He sido el amanuense obligado de centenares de reclusos; los puntos de mi pluma fueron ojos para llorar ausencias, bocas para gritar agravios, troquel de recuerdos para madres, esposas o hijos desventurados.

Después de las comidas —no encuentro apropiado decir de sobremesa— se discute de política y se retocan los retratos de las primeras autoridades del pueblo, sin olvidar detalles de familia.

Por las tardes, a la hora triste de ocultarse el sol, cuando las rejas simulan cruces ensangrentadas por la mano criminal del crepúsculo, las almas se conmueven con el paisaje que adivinan, y surge a coro una canción que se repite como un salmo y repercute en el aire como un doloroso gemido.

Las noches vienen aparejadas de imágenes obscenas, de recuerdos sensuales y dichos libidinosos y, a cuál más, los presos echan sus mentiras, haciéndose la ilusión de que el auditorio se las cree, y hablan de batallas descomunales y de espadones invencibles en los campos imaginarios del amor. Pero aquéllos que escuchan, mientras les llega su turno de fantasear en alta voz, sonríen incrédulos, porque saben que tales cosas se cuentan nada más como un estimulante para el solitario desahogo del cuerpo.

Una a una recuerdo las cárceles que he conocido, y me precio de haber fincado dentro de ellas muy buenas amistades.

Impusieronme ocho días de arresto por repicar las campanas de mi parroquia, para autoagasajarme al volver a mi pueblo, poseedor de un sombrero de bola, un bastón y un traje nuevo.

Porque en la populosa ciudad de Tancítaro, grité borracho: ¡Muera el cura Hidalgo!, quince días de cárcel, sin lograr convencer a las autoridades de que mi grito para nada influyó en la muerte de tan preclaro varón, definitivamente fusilado un siglo antes de que yo lo proclamara.

62 Por celebrar unas Panateneas y salir a las calles de Quiroga envuelto en una sábana y coronado de flores, como un auténtico ateniense, me impusieron ocho días de barrer la plaza; y otros ocho de faena, por haber expresado mis deseos de que estallara una revuelta para aplicar la ley de Talión al Presidente Municipal, haciéndole barrer todo el pueblo sin más atavío que unas plumas en la cabeza, tocado que le correspondía de derecho por ser un salvaje.

Por meterme a redentor de jumentos, un mes de cárcel. Explicaré a usted el caso, para dar respuesta a la pregunta que estoy leyendo en sus ojos:

Un arriero, vecino mío, era dueño de un burrito al que medio mataba a palos. Condolido por la mala suerte del pobre animal, tomé la resolución de libertarlo de tan dura esclavitud, y con este fin rogué a su dueño que me lo alquilara para hacer un viaje a Pátzcuaro. En cuanto salimos al camino real, dije al humilde pollino: la única forma de que cambie tu suerte es que te vayas con el primero que pase. El burro accedió, lanzando un sonoro rebuzno, y yo lo vendí a unos arrieros en doce pesos, sin la patente respectiva.

Al regresar a Santa Clara, el inhumano alquilador preguntome por su burro, y yo le contesté:

—Haga cuenta que el desdichado animalito murió para usted —pero el sujeto hizo cuentas y más cuentas, y metieronme en la cárcel dizque por robo.

Fui a dar unos ejercicios espirituales al pueblo de Opopeo, usando dignamente la sotana de Joaquín mi hermano, y con el noble fin de colectar limosnas para nuestras misiones en el Japón.

Probé mi elocuencia catequizadora en beneficio de ovejas descarriadas, movido tan sólo por el ansia de hacer el bien, y como pago a tanta generosidad, un mes de cárcel y la devolución inmediata de lo recaudado, en virtud de que Nuestra Santa Madre la Iglesia nunca pierde, y cuando pierde arrebatada, como Jalisco.

¡Resultaron estériles mis rosarios con dedicatoria para la Virgen María; inútiles mis sermones! Y anote usted esta coincidencia irritante: glosando las palabras del Evangelio, que dicen:

Os llamé como la gallina llama a sus polluelos para cobijaros debajo del ala, y no vinisteis, ¡zas!, los que vinieron fueron los gendarmes y me bajaron del púlpito, sin ningún respeto a mis hábitos religiosos. Así es sobajada en este mundo la virtud.

Una vez, convinimos con Jesús el panadero en cambiar un gallo por una gallina. Le llevé mi gallo, recogí su gallina, y porque me la comí en mole, cinco días de arresto.

—Pero, Pito Pérez, este castigo parece el más injusto, y no veo el dolor por ninguna parte. 63

—Así lo estimo yo también, aunque debo explicarle cómo estuvo el negocio:

Oí decir a Jesús el panadero que tenía muchas gallinas y que necesitaba un gallo para satisfacer el harén. Le propuse que yo le daría uno de mis gallos a cambio de una de sus gallinas, y él aceptó sin inquirir las señas particulares del incógnito Don Juan de capa y chambergo de plumas. Lo único que preguntó fue si ya cantaba el animalito, a lo que contesté que sí.

Al filo de la media noche apresté mi pito y me dirigí al callejón en donde vive Jesús. Estuve junto a su puerta desgranando lo mejor de mi repertorio: motivos populares, algún trozo de música selecta y el *Quitollis* de la misa de Mercadante.

Pasaron por la calle unos aprendices de trasnochadores, se detuvieron a oírme, y aseguró uno de ellos que el *Quitollis* que yo tocaba, era la *Perjura* del Presidente Lerdo de Tejada.

Guardé el instrumento, salté la cerca del corral de Jesús, y eché mano a la primera gallina adormilada, brincando nuevamente a la calle, con la polla bien cogida.

Al abandonar el sitio, dejé a Jesús esta canción, como tarjeta de visita:

Adiós, te digo, tocayo,
antes de volver la esquina
ya me llevo tu gallina
y aquí terminó mi gallo.

Discurrió Jesús que yo no había cumplido legalmente el trato, y el juez condenome a pagar la gallina, sin tomar en cuenta el valor de mi “gallo”.

En otra ocasión, mientras tomaba un plato de menudo en un portal de Jiquilpan, dije en voz alta que en aquel pueblo no tenían agua, al grado de que ponían el cocido con aguardiente y se lavaban las manos con cerveza. Por eso me llevaron a la

64 cárcel. Pero sucedió que al exponer mi delito al prefecto, que era un señor don Enrique Farías, muy hidalga persona, exclamó lanzando una carcajada:

—¡Hágamela buena, amigo!

Y ordenó mi inmediata libertad.

De la cárcel de Yuriria recuerdo un episodio trágico, de esos que los escritores emplean para escribir novelas que ahora se llaman de psicoanálisis y que antes se conocían por culebrones.

Andaba yo peregrinando por los pueblos y rancherías de aquella región, pidiendo ayuda a las almas cristianas para construir un templo en el Monte Líbano, cuando al pasar por Yuriria, del Estado de Guanajuato, fui detenido en virtud de que el Presidente Municipal recibió un exhorto que decía:

“Aprehenda Jesús Pérez Gaona, falso misionero, hácese pasar fraile carmelita. Señas particulares: entiende sobrenombre Pito Pérez.

R. Iturbide,
Presidente Municipal
de Morelia.”

En la cárcel de Yuriria conocí a un preso a quien temían los demás por su carácter violento y vengativo. Llamábase Rosendo, y amén de otros delitos de sangre que había cometido, purgaba una condena por haber asesinado a un hombre que se atrevió a cobrarle la pastura de una vaca, unos veinte centavos a lo sumo. Pero lo que asombraba a las gentes era la conducta que a raíz del homicidio siguió la amasia del muerto, una mujer callada y humilde a quien yo veía llegar a la reja de la cárcel, días tras día, con la comida de Rosendo.

Los otros presos me pusieron al tanto de esa historia:

Poco tiempo después del crimen aquella mujer se presentó en la cárcel en busca del delincuente, como si le estuviera agradecida. Durante dos años, ella trabajó para sostener al preso, quien, al principio, pareció desconfiar de esa extraña conducta, pero tanta perseverancia y tanta ternura lograron disipar los recelos del hombre que, vanidoso como todos, aceptaba las cosas expli-cándose las a su manera:

—Esta infeliz debe haber padecido mucho con el finado, que en paz descanse, y yo de un tiro acabé con su penas.

En la época en que estuve en dicha cárcel, Rosendo arregló salir de ella bajo fianza. Su defensor fue a buscarlo, y rondando la reja, vimos a Apolinaria con su vestido rojo de percal, sus zapatos nuevos y su rebozo azul de pringas blancas, terciado sobre el pecho. Esperaba fielmente, como si Rosendo fuera su marido. De mano de éste recibió la cobija y echaron a andar rumbo a la casa de ella, de la manera más natural del mundo.

El almuerzo bien sazonado; después la cama humilde, pero incitadora. La mujer se dejó conducir a ella sin prisas ni desasosiegos. Una luz dulce manaba de sus ojos y una sonrisa triste de sus labios. Cerraron las puertas y se hizo esa obscuridad en donde sólo el dios vendado ve.

De pronto, un grito terrible escapó de la casa, conmoviendo a los vecinos.

—¿Qué ha pasado? ¿De dónde saldría ese alarido espantoso?

En el instante mismo en que a Rosendo estremecía el escalofrío del espasmo, la mujer abrió cautelosamente una navaja de afeitar, y con ella cercenó, de un solo tajo, las partes victoriosas del macho, a quien la policía encontró desnudo y muerto. Apolinaria lo veía con aquella luz dulce que manaba de sus ojos.

—Ya cumplí la promesa que hice a mi difunto —exclamó con serenidad—, ahora llévenme...

He visitado muchas cárceles, por borracho, por músico, por misionero, y una sola vez por tonto: ésta es la única que escuece mi conciencia.

Llegué a Ario de Rosales en busca de trabajo. Me ofrecí como boticario, como barbero, como sacristán, rondé los juzgados para ver si alguien necesitaba presentar alguna demanda: todo inútil. O mi persona, a simple vista no inspiraba confianza, o el pueblo había adoptado esta doctrina americana: Ario para los arienses.

66 El señor Medal, propietario de una botica, era dueño, además, de un salón de billares, y a éste fui a parar esperando que saliera algún pichoncito a quien sacarle un peso. Porque yo soy buen carambolista, de esos que juntando las bolas en un rincón de la mesa, hacen sus tiros de treinta, asegurando que aquella es la primera vez que toman un taco.

—Oiga —me dijo el dueño de la botica—, ¿es usted el que vino en la mañana en busca de trabajo? Pues si sabe escribir y tienen alguna ilustración, le puedo dar empleo.

—He pendoleado todas las formas de letras y he leído *La Ilustración Española y Americana*: con que usted dirá si sirvo para algo.

—¿Ha tenido algunas actividades periodísticas?

—He sido subscriptor gratuito de *Flor de Loto*, de Morelia.

—Pues le voy a dar dos pesos diarios para que sirva de administrador responsable de un periódico quincenal, que saco cada tres meses. Precisamente mañana echo fuera el número 2; así es que dígame si le conviene.

—Acepto —contesté.

Al siguiente día volvía a la botica para recibir las instrucciones de mi nuevo jefe, quien me dio mis dos pesos, previo recibo provisional, y me mandó a conocer el pueblo para que me fuera empapando, según dijo, en las necesidades de los vecinos. Después de conocer las calles, fui a instalarme en una luneta de la plaza, a donde momentos después llegó el comandante de la policía, diciéndome que el Jefe Político quería verme.

Entramos en la oficina y el prefecto me interrogó, agitando un periódico que tenía en la mano:

—¿Es usted el responsable de este pasquín?

—Y el *Admor.* al mismo tiempo —le dije en abreviatura.

—¡Sinvergüenza, quiere usted hacerse, además, el gracioso! ¡Pues a la cárcel, no sin que antes y en mi presencia se trague usted este papelucho!

Hizo que me comiera el periódico, masticándolo sabrosamente, lo mismo que si se tratara de un delicioso manjar.

Supe después que el boticario utilizó mi persona como responsable del periódico y que, en aquel número, ponía de oro y azul al Jefe Político, llamándole asesino y ladrón, entre otras lindezas. ¡Todo por dos pesos diarios que me prometió, pero de los que no volví a ver ni el filo de una moneda, como justo castigo de mi estupidez!

Una cuaresma pasé metido en aquella cárcel, aunque no me correspondía toda entera, pues firmaron mi boleta de libertad para el domingo de Ramos, pero como con los presos habíamos organizado una Semana Santa de bulto, y yo desempeñaba en ella el papel de Nuestro Señor Jesucristo, quise apurar el cáliz de la amargura hasta las heces y me quedé en la cárcel para ser crucificado.

En el pasaje de la cena, los doce presos que me acompañaron parecían verdaderos apóstoles, con sus barbas hirsutas, sus cobijas rotas y sus ojos tristes, desprovistos de toda esperanza.

Lavé sus pies, en medio de una salva de estornudos, y de la galera grande salimos al patio, entoldado de luna, para que me aprehendieran en el Huerto de los Olivos.

Un sueño alcohólico invadió a mi séquito, que no pudo ver a Judas en el momento de darme el beso traidor, ósculo simulado nada más, pues negose a dármele el recluso que hacía el papel, alegando que no era maricón.

—Levántense ya —ordené con voz estentórea. San Pedro se levantó, el primero, y sacando el machete tiró un tajo al criado del Sumo Sacerdote, quien reculando prontamente exclamó:

—¡Jijo, por nada me tizna!

Lleváronme de Herodes a Pilatos, que no pudo lavarse las manos, en primer lugar, porque era manco, y en segundo, porque no había jofaina.

Cantó el gallo las tres veces y Pedro no quiso negarme, gritando, hecho una furia:

—¡Yo conozco a mi cuate, y no me le rajo! ¡Los mexicanos *semos* muy hombres!

Llegó la hora del suplicio, me despojaron de mis ropas, que se perdieron de verdad, y atáronme fuertemente a una cruz. A Dimas y a Gestas no los crucificaron porque no había cruces, pero se les amonestó que permanecieran haciendo guardia cerca de mí, con los brazos abiertos. Dimas era un administrador de correos, desfalcado y lleno de hijos, y Gestas un heroico borrachín cuyas medallas le salían al rostro en forma de pústulas de todos colores.

Y las siete palabras brotaron serenas de mis labios:

“¡Padre, castígalos; se hacen que no saben lo que hacen!”

“En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso (si logras escaparte de chirona)”.

“¡Mujer, he allí a tus hijos! ¡Hijos, ¿por qué os mentáis tanto a vuestras inocentes madres?”

“Elí, Elí, ¿por qué nos habéis abandonado en esta triste mazmorra?”

“Sed tengo.”

(“Yo pago una cerveza para el Señor”, dijo San Pedro, desbrochándose prontamente la víbora).

“¡Los tiempos han cambiado: no sólo de la palabra de Dios vive el hombre...”

Mirando las botellas vacías que rodaban por el suelo, exclamé acongojado:

“¡Todo se ha consumido!...”

Las cuerdas molestaban mis brazos y érame imposible por más tiempo aquella postura. Comencé a decir en voz alta:

“Descuélguenme, ya estoy cansado; bájenme, ¡no recito más!” Pero los presos reían de mi angustia y me daban la espalda con la misma indiferencia con que la humanidad ve morir a Jesús, pendiente del madero...

Pito Pérez no volvió más a la torre, dejó trunco su relato, entretenido quizá en atisbar por el ojo de las botellas, con la ilusión de descubrir en su fondo otro mundo más generoso. ¿Lograría sorprenderlo, tras el claro cristal del vino? ¡Tal vez! Y por eso lo vimos rodar de tienda en tienda, con los zapatos hechos trizas y la melena sucia, coronada de flores...

“...porque no hay pena comparable a la de morirse...”

PITO PÉREZ

Morelia, en mayo, sufre calenturas; las gentes adelgazan y los chicos enferman del estómago. 73

—Es la fruta nueva —dicen las señoras que platican en los estrados—; pero a las primeras lluvias, la ciudad entrará en razón.

El sol siente también que se asfixia y quiere escapar, rompiendo con su cabezota rubia las paredes blancas, como payaso que salta a través de un disco de papel de china, al galope de su caballo “mandadero”.

En los días de calor hay pocos transeúntes por las calles de Morelia, y sus pasos resuenan en las banquetas señalando las horas, como un reloj indefectible.

Son las ocho de la mañana: doña Pachita Pérez Gil pasa, de prisa, por la calle real rumbo a la iglesia de La Cruz. Algunas generaciones de colegialas la han llamado abuela, aunque más parece un abad que zarandea, satisfecho, su panza hinchada de virtudes.

A las nueve, don Adolfo Cano se encamina a su notaría. Su ojos brillan con malicia, pero en su clara inteligencia no bullen las cláusulas de un contrato, ni la prosa legal de una escritura. Piensa —¡ay!— en los tres reyes que mató una flor...

Dicen que cierta vez comía cabizbajo y distraído, cuando de pronto, díjole su esposa:

—¿Quieres una tortilla caliente, Adolfo?

—Acepto, y mando diez más —contestó el abogado, desde el país fantástico del as de oros. Y tomando el apilo de tortillas comenzó a repartirlas entre sus hijos, lo mismo que si fuera una baraja...

A las once, escúchase el tranco monorrítmico del cojo que vende gorduras:

—¡Requesón, jocoque, queso! ¡Queso, jocoque, requesón!

Y con la pata de palo repica en las baldosas, apremiando a los marchantes.

A las tres, óyense los pasos del señor licenciado don Lorenzo Olaciregui, Deán de la Catedral, que sube a coro.

74 Un taconeo, a compás de dos por cuatro, *presto, vivace*, resuena en las baldosas: es el maestro Mier, que corre a dar sus lecciones de piano.

Al profesor Gallegos no se le escucha pasar porque va en hombros de sus veinte juanetes, y apenas toca el suelo. Detiéndose en las esquinas, monologa en alta voz, con su grandilocuencia que, por incomprensible, le ha ocasionado tantos sinsabores. ¡Recordemos, si no, el incendio de su casa! Saltó don Mónico por un postigo, en paños menores, clamando ayuda del sereno:

—Guardia noctámbulo, aligerad vuestro pies con las alas de Mercurio, y haced vibrar el bronce cóncavo y plañidero, antes de que el más voraz de los elementos incinere mi paupérrima morada.

El gendarme lo miró asombrado, sin moverse de su sitio, y la casa del profesor quedó destruída por las llamas.

¿Y el bochorno de sentirse insultado por un carbonero?

—Bucólico morador de las selvas umbrías, ¿en cuánto aprecias el fardo de maderas calcinadas que lleváis sobre los lacerados omoplatos de este rústico pollino?

—Eso lo será usted, roto pinche. Se valen de que son ricos pa' humillar a los *probes*...

Por la calle de las Ratas sube acompasado, lento, el toque de unas esquilas. No es el viático que visita a un agonizante, ni el paso de una yegua que sirve de guión a los hatajos que vienen de tierra caliente.

Las gentes saben ya lo que las campanas pregonan, y corren a las puertas en espera de aquel estrambótico mercero.

Un hombre enjuto, ennegrecido por el sol, con la cabellera tan larga que le besa los hombros, camina lentamente,

sosteniendo un enorme cesto en cada brazo. En los arcos de las canastas, en el ala del sombrero, en el vuelo de la chaqueta, se mecen esquilas de todos tamaños, desde la que cuelga del cuello de una res, hasta la diminuta que alegra el báculo de los pastores de Nochebuena. Su tintineo es regocijado, como charla de parvulillos a la hora de sus juegos.

En aquellas canastas, lo mismo que en las manos de los prestidigitadores, ocúltase todo un almacén: agujetas para los zapatos, peines peluqueros y escarmenadores, broches de presión, tiras bordadas, medias de seda, polvo para la cara, hilo lacre...

—¡Eh, barillero!, ¿*trai* rizados? —pregunta una muchacha que asoma por un postigo.

—Para todas las partes, señorita.

—¿A cómo las medias?

—De seda natural, a dos cincuenta.

—¿No me hace una bajita?

—Regaladas las llevas, niña, si yo te las pongo.

Las campanas enmudecen respetuosas oyendo la voz de su amo, hasta que el trato se consuma, y otra vez a cantar, calle arriba, pregonando las mercancías...

El hombre de las campanas es Pito Pérez que, al encontrarme en la esquina de “La Central”, acomoda en el suelo su establecimiento portátil, para saludarme con más holganza:

—¡Hace tantos ayeres que no nos vemos! Desde la torre de Santa Clara. Va para diez años...

—Es verdad, Pito Pérez; dejó usted trunca la narración de su vida.

—Para seguirla viviendo, amigo, y tener de qué hablar: bajó del Norte el torbellino y nos dispersó a todos los que no teníamos hondas raíces; levantó el polvo seco, la hojarasca podrida; hizo huir a los pájaros medrosos, y aun a la langosta que acaba con las sementeras. Hablando sin metáforas: al rico, al cura, al holgazán y al aventurero.

Quedaron sin moverse los árboles que, año con año, dan su fruto, y las piedras desnudas de la montaña. Los trabajadores del

surco: encinas arraigadas en la tierra. Los indios: riscos seculares, que sólo un ciclón arrancaría de su asiento, para despedazar con ellos el tezontle rosado y fofo de las ciudades corrompidas...

—¡Bravo, Pito Pérez!, lo dejé a usted en filósofo cínico y ahora lo encuentro convertido en orador político.

—Y usted dirá que se necesita más cinismo para esto que para aquello. Es verdad, pero no hay que confundirlos: el político
76 tiene el corazón en el estómago, y el filósofo en la cabeza.

—¿Una copa, Pito Pérez? ¿O una botella?

—Según la llave que usted quiera aplicar al estante de mis confidencias; recuerde nuestro viejo contrato.

—Pero, ¡cómo lo encuentro mudado! Dejó usted la levita, que era su clásica envoltura, y cambió usted el bastón y el sorbete por unas canastas llenas de baratijas y por esas campanas que no sé para qué le sirven.

—Pues para que mi garganta no se estropee pregonando la mercancía y para mantener inmarcesibles los recuerdos de mis peregrinaciones por nuestro amado Michoacán. ¿Me explico bien? Fíjese usted: cada una de las campanas lleva una inscripción: el nombre de alguno de nuestros pueblos, o los nombres de las campanas de esos mismos pueblos. Y cuando camino por las calles, sudando bajo el peso de mis canastos, las oigo dialogar entre sí de lo que han visto y de lo que han vivido...

La campana grande de Pátzcuaro regaña a su hermana menor, la de Quiroga, porque enseña la lengua a la laguna.

Las campanas de Zamora golpean sus pechos con el badajo, como jóvenes novicias acosadas por malos pensamientos.

La campana de Tacámbaro se desgañita gritando vivas a la Revolución; se traba la lengua a la de Tzintzuntzan, para rezar en tarasco a un dios que no es el suyo, y la vieja campana de Zitácuaro llora aún, con gruesas lágrimas de bronce, el desastre del 65.

Tintinea alegremente la campana de Tingüindín; canta la de Tiríndaro; convoca danzas bullangueras la de Paracho; la de Irimbo, como un reloj de paz, da el toque de descanso para los labradores rendidos.

Las que llevo aquí junto a mi pecho, son las campanas de mi tierra; ésta, la de la Guanoncha, que canta la alborada en las fiestas grandes; ésta, la de la Hermandad, que dobla por los difuntos, y ésta de plata, pequeñita, representa la de la parroquia, que tantas veces hice vibrar con mis manos entumecidas por el frío, para llamar a misa primera.

¡Campanas de Michoacán, repicad todas a vuelo, porque pasa Pito Pérez, glorioso con su miseria y altivo con sus harapos!

77

—Es usted un carillón humano.

—Sí, señor; unas veces repico aleluya, y otras, salmos penitenciales. Cada una de mis campanas resucita en mi mente el panorama de un pueblo, tal como lo abarcaron mis ojos, y sus voces remedan las de mis amigos que, por su conducto, me cuentan sus andanzas. Oyéndolas, suelo desatender a los clientes y pasar de largo junto a ellos para no cortar la platica de las esquilas.

Entonces, los marchantes dicen con cierto retintín burlesco:

—Pito Pérez va borracho.

—¡Borracho voy, en verdad, pero de recuerdos: riendo, llorando, blasfemando y cantando, como en los días de mi lejana juventud!...

—¿Y el Pito Pérez filarmónico?

—¡No sé ya ni dónde quedó! Perdí la flauta en alguna cárcel, o en algún sitio de tantos que me han servido para dormir las monas. Porque debo advertirle, con la honradez que ha caracterizado mi desvergüenza, que ya no soy un borracho respetable, ni siquiera ingenioso. Me escarnecen los chicos, me roban los tenderos, me humillan los gendarmes, y cuando quedo tendido en las banquetas, con la botica abierta y el boticario dormido, no hay alma caritativa que extienda sobre mis desnudeces el abrigo de un periódico. Las personas decentes huyen de mí con asco; asco de mi aspecto repugnante, de mi hedor a vino agrio, de mis manos negras, que ni los amigos quieren estrechar, simulando que llevan las suyas ocupadas con el pañuelo. ¿Y sabe usted cómo me llaman aquí? Me dicen Hilo Lacre, ¡Hilo Lacre!, apodo de barillero, de hombre zafio, y no de artista, como yo. Todo esto lo digo a usted, por si se avergüenza de mí y no quiere hablarme...

—No piense en tales cosas, Pito Pérez. Venga usted por las noches a “La Central” para que platiquemos como en otros tiempos.

Pito Pérez prometió acceder a mi súplica, y levantando del suelo sus canastas henchidas de baratijas, alejose con el oído atento a su propia música, triste, alegre, bulliciosa o lánguida, según los altibajos de la calle...

Buenas noches a toda la compañía —dijo Pito Pérez, al llegar a la tienda. 79

Su estampa era la misma que yo conocí diez años antes: levita deteriorada con flor en el ojal, bastón de puño niquelado, pantalón con unas rodilleras tan amplias que podría guardar en ellas a sus hijos, a semejanza de los canguros; sombrero carrete haciendo equilibrios para conservarse sobre la melena alborotada y que, por su color de oro viejo, parecía aureola de santo.

—¿Y las canastas, Pito Pérez?

—No vengo en plan de comerciante. Las agujas y los peines peluqueros a esta hora duermen con inocencia infantil. Yo me acerco a la tertulia como esas madres que se reúnen al anochecer, para contarse las monerías de sus hijos, después de dejarlos dormidos.

—¿Qué ha hecho usted en tantos años que no nos vemos, Pito Pérez?

—Beber para emborracharme, y después, para curarme la cruda, hasta que me asalta el *delirium tremens* y caigo medio muerto, perdida por completo la conciencia, en la cuneta de algún camino.

La muerte y yo nos hablamos de tú desde hace tiempo; ella juega conmigo sin hacerme daño. ¡Los peligros de que he escapado, quizá con su ayuda! Me caí a un río, en estado de ebriedad, que ya es mi estado perfecto, y sin saber cómo ni cuándo, me salvé. He pasado victorioso como un general por campos de batalla, cubiertos de cadáveres, aspirando el hedor de la carne podrida, y he visto cómo los ojos de los difuntos adquieren brillo de celuloide al ausentarse la luz del pensamiento. He palpado con mis manos el frío del cristal de los pies de un hombre muerto,

pretendiendo calentarlos en un raptó de alcohólica compasión. He recibido en el hospital la visita de dos colegas borrachos, que me llevaban cuatro cirios, con esa complaciente sonrisa de quien regala una caja de dulces, y escuchado a uno de ellos que, tartamudeando, dábame el pésame por mi muerte y la disculpa de que no podría acompañarme al cementerio, al siguiente día, por tener que evacuar otro negocio.

80 He llorado sobre mis tristes despojos, con dolor verdadero, y he sentido que no hay pena comparable a la de morir. Sin embargo, aquí me tiene usted, guardando mi propio luto sin que todavía haya estacado la zalea.

—Pero, ¿dónde ha pasado usted tantos peligros?

—¡Calcule usted! He sido huésped de un buen número de hospitales en donde, si no mueren los pacientes de la enfermedad que allí los llevó, sucumben de hambre o en algún experimento clínico.

Estuve en el hospital de San Vicente de Paul, y para subsistir, salíamos a la calle los asilados, pidiendo limosna de puerta en puerta. ¡Hubo tifosos que apenas tenían alientos para cargar el cobertor, y que espiraban en los quicios de las puertas!

En el hospital del Santo Refugio, los enfermos danzábamos en el jardín desde las primeras horas de la mañana, sin más vestidura que unas sábanas de dudosa limpieza. Salíamos a cortar quelites, romeritos, talayotes que, cocidos en una olla común, constituían el único alimento de aquella sociedad vegetariana. ¡Fantástico espectáculo el de aquellas enormes mariposas blancas, volando de quelite en quelite —volando, es la palabra— porque no había en nuestros cuerpos ni un gramo de carne!

—Compañeros, prueben como postre las malvas —aconsejábales yo, que era el más optimista de la pandilla.

Luchaba elocuentemente por convencer a los enteleridos comensales de que el talayote tiene sabor de pechuga de pollo.

“Sobrepongáanse a la realidad —predicábales— y coman con la fantasía, a imitación de los hambrientos que se dan banquetes espirituales, contemplando los aparadores de las pastelerías. Sigán mi ejemplo: yo tomo violetas cocidas como demostración

de cultura; los aristócratas las saborean cristalizadas con azúcar, acaso para inspirarse despertando sus aficiones poéticas”.

Estuve en el hospital de Cotija, y de veintiocho enfermos soy el único superviviente. Verá usted:

Era su director un botánico insigne, citado frecuentemente en los textos de medicina. Este sabio eminente había clasificado más de veinte mil plantas de la flora de nuestro país y ensayaba en nosotros sus propiedades terapéuticas dosificándolas a costa de los enfermos. ¿Que moría un paciente, vaciado por la infusión de coloquíntida?, pues a disminuir la dosis en el tratamiento, y a olvidarse del pobre conejito sacrificado en aras de la ciencia.

Yo pude escapar de las escoletas de este médico famoso, debido a que salté muy a tiempo las tapias del hospital. El galeno corrió a darme alcance, prometiéndome que pondría sus cinco sentidos en mi curación, pero yo, a larga distancia, le grité: “De veneno a veneno, opto por el tequila Cuervo”.

—Bueno, Pito, ¿de dónde le han llovido tantas enfermedades?

—Del mentado veneno. Según dicen los historiadores, los reyes habituaban su naturaleza al uso de los venenos más activos, para inmunizarla en previsión de cualquier atentado. A nosotros, los borrachos, no nos sirve el experimento porque a medida que bebemos, resentimos más los efectos de nuestros filtros venenosos. Pero, proseguiré el itinerario de mis malandanzas.

Sólo por un milagro de la muerte que, como ya digo, es mi mejor amiga, pude salir del hospital de Morelia. Trabajaba en él una enfermera, de corazón altruista. Llamábase Pelagia, y este nombre ya era de mal agüero para los supersticiosos que caían en sus manos.

Nació Pelagia en Hoyo del Aire, del Municipio de Taretan; hizo sus estudios en un solo día, y recibió su título de enfermera en el mismo instante en que la contrataron como criada del hospital. Le encasquetaron un gorro blanco, la metieron dentro de un mandil que le arrastraba, y la plantaron en medio de un pabellón de aislados, sin inquirir si debajo de la toca había una cabeza, y si ésta tenía sesos, o era una sonaja rellena con piedrecitas del arroyo.

A la hora de la visita médica, Pelagia seguía al doctor, de catre en catre, recogiendo las recetas que él formulaba, para surtir las después en la farmacia del propio edificio. Pelagia hablaba, sin parar, de los enfermos a su cuidado:

—El 13 no durmió anoche, y por si fuera de hambre le truje su torta de sardinas, que lo dejó súpito; el 4, lleva seis deposiciones muy jediondas, que le guardé, dotorcito, pa' si quere examinarlas; el 9 ya no está tan malo, no crea. Anoche me quería apapachar los cuadriles.

Cuando Pelagia volvía de la botica con las fórmulas surtidas, parábase en la puerta del salón y nos gritaba jubilosa, igual que una madre que llega de paseo, con golosinas para sus hijos:

—Aquí están las melecinas. Vamos a ver, ¿quién quere píldoras? ¿Quién quere cucharadas? ¿Quién papeles?

Y daba a cada enfermo lo que le pedía, con peligro de reventarnos a todos. A mí no me quería por *lurio*, como afirmaba, y por este motivo ensartábame los lavados intestinales recetados a otros.

—Pal escribano —decía— las lavativas, porque es capaz de emborracharse con cápsulas.

Quizá por esto no estiré la pata, pues por esa boca no suelen recetarse venenos muy activos.

Las ideas políticas constituían otro peligro en el interior del hospital. Había médicos mochos que atendían con gran esmero a los pacientes que comulgaban, y médicos liberales que no veían con buenos ojos a sus clientes del bando contrario. A los primeros les hablaba de mi hermano el padre, y a los otros, le contaba que yo pertenecía a la secta de los husitas, y que si bebía vino en ayunas, era en la recepción de uno de nuestros sacramentos. Un doctor Ortiz creyó en mis doctrinas, permitiéndome comulgar todas las mañanas con un vaso de fino moscatel que me proporcionaban, por orden suya, en la despensa del establecimiento.

Algunos días comulgaba yo hasta tres veces, como una práctica propiciatoria para la salvación de mi alma.

Por supuesto que ya estas cosas marcaban el principio de mi convalecencia y la vuelta de mi yo interno a su estado normal.

Mis períodos largos de embriaguez culminaban siempre con un ataque de *delirium tremens*, y éste me conducía a regiones insospechadas para el resto de los mortales. Con el delirio adquiría formas de una hiperestesia exaltada, llena de alucinaciones.

Cierta ocasión me sentí árbol: mis pies eran las raíces y mis piernas troncos por cuya corteza, áspera y dura, subían hormigas de todos tamaños. El ejército de pequeños animalitos cosquilleaba con sus patas de alambre mi carne rugosa, desesperando mis nervios. Yo los veía subir, y subir y me asaltaban deseos de limpiarlos, de arrojarlos lejos de mí, pero deteníame una idea: los árboles tienen obligación de prestar ayuda a estos parásitos, hijos, como ellos, de la naturaleza y, por lo tanto, hermanos suyos. Si yo soy un árbol, debo permitir que trepen por mi tronco —cavilaba—, que coman de mi carne. Y para que mis manos no atropellaran a aquellas criaturas indefensas, subí los brazos al cielo, y el cielo premió mis brazos convirtiéndolos en ramas verdes, frescas, floridas.

No sentí más el cosquilleo de los insectos, sino el paso de una savia dulce por mis venas, que hacía nacer en mí pequeños brotes cuyas hojas aterciopeladas, mecidas por el aire, cantaban un *allegro* de primavera.

Pájaros de diversos colores venían a anidar en mi fronda: eran mis pensamientos de toda la vida, que regresaban a su nido: chupamirtos embriagados por el néctar de las flores, sinsontes que soplaron por mi vieja flauta; golondrinas de amor, fugaces y asustadizas; loros que decían sus incoherencias inútiles y sus malas palabras, y la lechuga huraña y filosófica de mi melancolía.

Era yo un renuevo en el bosque; mas de pronto me vine abajo, a los golpes de la cordura.

Terminó mi delirio y volví a adquirir la forma estéril del hombre.

—¡Pito Pérez, insigne borracho, es usted un loco!

—¿Y por qué no un poeta?

Otra vez, tendido sobre un duro camastro, sentí que poco a poco me transformaba en un lienzo de seda, de esos que crujen con un frufú sensual al más leve contacto.

84 Mis ojos me veían descender por los lados de la cama, como un cortinaje sobre un balcón empavesado; mis manos y mis pies eran borlas colgantes de oro, y en mi barriga había chafaduras y roces, como si una persona hubiese permanecido de codos sobre mi cuerpo, mirando pasar el ejército de los siglos. Después, sentí que me cortaban con unas tijeras enormes y que hilvanaban con mis pedazos el traje de un niño, a quien sus padres no permitían moverse, temerosos de que rompiera su vestido nuevo. Yo también sentí la angustia de que el muchacho se arrastrara por el suelo, o se deslizara por el pasamano de la escalera. Mis carnes sufrían el dolor de verse magulladas y rotas, sin que nadie escuchara las voces, sin sonido, de mi desesperación.

Di un suspiro de alivio, al notar que la tela de mi cuerpo adquirió un tono rosa y un brillo desusado. Entonces, ordené a mi fantasía:

—Quiero ser camisón de dormir de una mujer hermosa y sentir su contacto tibio y perfumado. Voy a pecar, al menos una vez, sin que me desprecien, sin que me aparten con repugnancia; con cada hilo de mi cuerpo acecharé los más ocultos rincones de otro cuerpo, en medio de una fiesta de luz; con hebra de mi carne, lograré la posesión de la mujer deseada. Mi placer subirá en ondas voluptuosas desde la costura de la falda hasta los lazos del corpiño, y, ya saciado, dormiré con un sueño reparador, ceñido a un vientre de alabastro.

¡Y el milagro se hizo! Mis pliegues bajaron por unas caderas triunfales; quedé prendido a unos hombros de nieve; combado sobre unos pechos cuyos botones lastimaban mi sensibilidad, lo mismo que la aguja lastima la tela.

Mas comencé a sentir molestia de intemperie y a estornudar por todos mis tejidos, como si me hubiese constipado. Porque aquella figura femenina, con toda su pagana desnudez, era una estatua de mármol insensible, y su contacto frío hízome despertar de mi fiebre...

—Ahora que nos está usted contando estas cosas, Pito Pérez, ¿no tendríamos razón si pensáramos que se ha extraviado la suya?

—Pero, ¿puede usted decirme cuál es mi realidad y cuál mi ficción? Yo estoy seguro de que existe todo lo que veo, y que la muerte me presta sus ojos para que me divierta, como un anticipo sobrenatural, con el panorama de otros mundos.

Una noche sentí que traía un puñal y quise deshacerme de él, porque soy hombre pacífico y odio toda clase de armas, aun en mis mayores borracheras. Lo saqué de la vaina y lo tiré a lo alto, diciendo entre dientes:

—No te quiero ver más; escóndete en el espacio.

El puñal llegó al cielo y al descender rasgó con su afilada punta las cortinas del firmamento, que se abrieron como una puerta de un pabellón de campaña.

Mis ojos atisbaron curiosamente por la rendija de aquel mundo desconocido, y caí en la cuenta de que estaba asomado a la gloria.

Los árboles, de un verde artificial, parecían árboles de Nochebuena, cargados de juguetes y de bombones; el prado era un tapete estilo Luis XV, con grandes rosas bordadas; en el centro del cielo, el sol extendía sus rayos, como una lámpara irisada de almendras de cristal, y en las paredes translúcidas, colgaban santos en persona que parecían retratos pintados al óleo. De marco a marco, aquellos justos varones platicaban o discutían los dogmas católicos, con la intervención de San Agustín, que enfáticamente repetía para todo: “Lo he dicho yo”, mientras su maestro San Ambrosio componía, entonándola en voz baja, una canción litúrgica, que glosaba San Gregorio el Magno, con su divino contrapunto.

Debajo de un árbol corpulento, el Santo Job jugaba con San Simeón el Estilita una partida de ajedrez, rodeados por algunos santos menores; el Estilita rascábase la cabeza, desesperado, y decía a los que le cercaban:

—Job lleva cinco lustros frente al tablero ¡y aún no resuelve esta jugada!

Un anciano venerable, vestido con una túnica de lino, sobre la que flotaba el pabellón pacifista de su barba de nieve, apacataba, majestuoso, un rebaño de ovejas blancas. Mirándolas con atención, descubrí que las ovejas tenían caras de gentes y unas tablitas al cuello, indicando su nombre y la fecha en que habían entrado al cielo. Todas las ovejas conservaban alguna insignia de su profesión terrenal: los santos esposos engañados, sus cuernos 86 retorcidos; las adúlteras, su inocente sonrisa; las bacantes arrepentidas, su tarifa en dineros, en ropas y en otros obsequios; los tontos beatificados, sus bandas y sus vendas de vanidad.

Discurrían por allí carneros lanudos, con etiquetas de ricos que habían legado sus bienes a la Iglesia; otros, con las vedijas ensortijadas y los ojos lánguidos: Magdalenas de sexo ambiguo, que obtuvieron perdón por haber amado mucho. Algunos carneros lucían charreteras de generales, por haber muerto, después de combatir cristianamente, a los enemigos de su religión.

Vi unos corderos trasijados, con sus partes pudendas doradas y ostentando sobre su testuz coronas de mártires. El cartel que llevaban en el cuello, decía: *Casados con ricas; supieron lo que es fornicar por obligación.*

Triscaban por todas partes unas ovejillas de ojos tristes, que se refregaban en los troncos de los árboles; eran las vírgenes virtuosas que, a todo trance, defendieron su donceller.

Recostadas con mansedumbre sobre el césped, dormían unas corderas velludas y obesas, cada vez que oían pasos levantábanse y avizoraban el camino: eran las mujeres de los tahúres y de los borrachos que pasaron la vida en espera de sus trasnochadores compañeros.

Metí la cabeza por entre las cortinas del firmamento, y vi un cura gordo, con un platillo entre las manos, para no perder la costumbre, como si colectara limosnas.

—Padre —le pregunté—, ¿aquí no hay ovejas negras?

—No, candoroso hermano, las ovejas negras son los pobres de la Tierra, pero como hay tantos y aquí no cabrían, las acomodamos en el purgatorio, o en el limbo.

—¿Y si no lo merecen?

—Los pobres lo merecen todo. Además, ¿qué ganarían con rebelarse? El infierno, como Luzbel.

Asustado de la justicia celeste, tan parecida a la de nuestro mundo, me aparté presuroso de la cortina azul y maldije el puñal que desgarró el misterio...

—¡Desventurado Pito Pérez, su razón se enreda y se desenreda, lo mismo que una bola de hilo lacre!...

88 Alguno de la tertulia, sonriendo maliciosamente, interrogó a Pito Pérez:

—¿Y la *Caneca*?

—Está en casa, rodeada de comodidades.

—¿Quién es la *Caneca*? —pregunté intrigado por saber a quién se referían.

—¡El amor más fiel que he tenido en mi vida!

—Pero, ¿vive usted con alguna mujer, Pito Pérez?

—Desde que me la rapté, hace tiempo, del hospital de Zamora.

La tenían encerrada en un cuarto contiguo a la administración. Una sola vez la vi, pero esa bastó para que decidiera llevármela, y así lo hice.

La víspera de mi salida logré sacarla de su escondite y dormir con ella, en la misma cama, contando, claro está, con la complicidad de los demás enfermos. Al amanecer abandoné el hospital en su compañía, sin que el velador se diera cuenta.

Hicimos el camino hasta Uruapan, y atravesamos la sierra de Purépero, durmiendo en los montes, pues me parecía peligroso entrar con ella en los poblados, porque la suspicacia de las gentes me habría ocasionado contratiempos: ¡Con cuánto sigilo tuve que caminar y qué larga me pareció esta travesía!

Poco faltó para que se desmayara un peón, que me miró pasar por un potrero, cuando ya había obscurecido.

En Uruapan fui a hospedarme con un amigote, pero su mujer puso el grito en el cielo al enterarse de que yo entraba en su casa muy acompañado, y con lágrimas y aspavientos, pidió a su marido que nos echara. Ella decía que era un gran pecado permitir que nos guareciéramos bajo su techo, y mi amigo no pudo

convencerla de que aquello carecía de importancia. ¡Suspersticiones de gentes ignorantes!

Vinimos, por fin a dar a Morelia, en tren, y para substraerla de miradas indiscretas, tuve que acomodarla dentro de un “chiquihuite”, en el que —¡la pobre!— sufrió mucho y lastimose de todas las coyunturas; pero con mis conocimientos anatómicos y con mi amorosa solicitud pronto logré dejarla restablecida.

Ahora vivo con ella, muy a gusto; me espera en casa con mucha sumisión, teniendo siempre una copa en la mano; duerme junto a mí, digo mal, vela mi sueño, jamás cierra los ojos, en cuyo fondo anidan todas las ternuras. 89

“¡La *Caneca*
no es gorda, ni seca,
ni come manteca!”

—Bueno, Pito Pérez, pero ¿de quién se trata? Tanto misterio para viajar con una mujer y tanta virtud en ella, me parecen incomprensibles.

—¡Pues de quién se ha de tratar! Del esqueleto de una mujer, armado cuidadosamente por el médico de Zamora y utilizado por los practicantes del hospital para estudiar anatomía.

—¡Qué bárbaro! ¿No siente usted miedo al acostarse con un esqueleto?

—Miedo, ¿y por qué? ¿No somos nosotros esqueletos más repugnantes, forrados de carne podrida? Y sabiéndolo, buscamos el contacto de las mujeres. La mía no padece flujos, ni huele mal, ni exige cosa alguna para su atavío. No es coqueta, ni parlanchina, ni rezandera, ni caprichosa. Muy al contrario, es un dechado de virtudes. ¡Qué suerte tuve al encontrármela!

Aquí está su fotografía, conozca usted a la señora de Pito Pérez, colgada de su brazo; admire sus grandes ojos, sus dientes blancos, y fíjese que sobre su corazón lleva atado un ramito de azahares, como el que llevo yo prendido en la solapa de mi levita. La Epístola de San Pablo dice que el matrimonio acaba con la muerte; el mío ha comenzado con ella, y durará por toda la eternidad.

—¡Está usted loco de remate, Pito Pérez!

—No lo crea —repuso el dueño de “La Central”—, pídale usted alguna cosa fiada, de las que lleva en sus canastos, y verá cómo no hay loco que coma lumbre...

—Mucha conversación y poco vino —contestó Pito Pérez.

—Sirva usted unas copas para todos —ordené—, aunque me parece algo paradójico brindar a la salud de la muerte. Hagá-
90 moslo por Pito Pérez y por su respetable consorte...

Los vecinos madrugadores descubrieron el cadáver sobre un montón de basura, con la melena en desorden, llena de lodo, la boca contraída por un rictus de amargura, y los ojos muy abiertos mirando con altivez desafiadora al firmamento.

Una chamarra sucia y un pantalón raído, sujeto a la cintura con una cuerda, eran las prendas que cubrían el cadáver.

Llamaron a la policía, y uno de los vecinos, examinando atentamente la cara del difunto, dijo:

—Este hombre es Hilo Lacre, el barillero de las campanas.

Llevaron una camilla y echaron en ella al muerto. De la bolsa de la chamarra desprendiéronse unos papeles y un retrato: en éste aparecía sonriendo, del brazo de la muerte.

Uno de los papeles, escrito con lápiz, decía:

Testamento

“Lego a la Humanidad todo el caudal de mi amargura.

“Para los ricos, sedientos de oro, dejo la mierda de mi vida.

“Para los pobres, por cobardes, mi desprecio, porque no se alzan y lo toman todo en un arranque de suprema justicia. ¡Miserables esclavos de una iglesia que les predica resignación y de un gobierno que les pide sumisión, sin darles nada en cambio!

“No creí en nadie. No respeté a nadie. ¿Por qué? Porque nadie creyó en mí, porque nadie me respetó. Solamente los tontos o los enamorados se entregan sin condición.

“¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

“¡Qué farsa más ridícula! A la Libertad la asesinan todos los que ejercen algún mando; la Igualdad la destruyen con el dinero, y la Fraternidad muere a manos de nuestro despiadado egoísmo.

“Esclavo miserable, si todavía alientas alguna esperanza, no te pares a escuchar la voz de los apóstoles: su ideal es subir y permanecer en lo alto, aun aplastando tu cabeza.

“Si Jesús no quiso renunciar a ser Dios, ¿qué puedes esperar de los hombres?...

“¡Humanidad, te conozco; he sido una de tus víctimas!

92 “De niño, me robaste la escuela para que mis hermanos
tuvieran profesión; de joven, me quitaste el amor, y en la edad
madura, la fe y la confianza en mí mismo. ¡Hasta de mi nombre
me despojaste para convertirlo en un apodo estrafalarario y mez-
quino: Hilo Lacre!

“Dije mis palabras, y otros las hicieron correr por suyas; hice algún bien, y otros recibieron el premio.

“No pocas veces sufrí castigo por delitos ajenos.

“Tuve amigos que me buscaron en sus días de hambre, y me desconocieron en sus horas de abundancia.

“Cercáronme las gentes, como a un payaso, para que las hiciera reír con el relato de mi aventuras, ¡pero nunca enjugaron una sola de mis lágrimas!

“Humanidad, yo te robé unas monedas; hice burla de ti, y mis vicios te escarnecieron. No me arrepiento, y al morir, quisiera tener fuerzas para escupirte en la faz todo mi desprecio.

“Fui Pito Pérez: ¡una sombra que pasó sin comer, de cárcel en cárcel! Hilo Lacre: ¡un dolor hecho alegría de campanas!

“Fui un borracho: ¡nadie! Una verdad en pie: ¡qué locura! Y caminando en la otra acera, enfrente de mí, paseó la Honestidad su decoro y la Cordura su prudencia. El pleito ha sido desigual, lo comprendo; pero del coraje de los humildes surgirá un día el terremoto, y entonces, no quedará piedra sobre piedra.

“¡Humanidad, pronto cobraré lo que me debes!...

Jesús Pérez Gaona.

Morelia, a...”

Y mezcladas con el polvo de la tierra se perdieron, para siempre, las cenizas inútiles de un hombre...

Los 3000 ejemplares de este título
se terminaron de imprimir durante el mes de
julio de 2008
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Caracas, Venezuela

